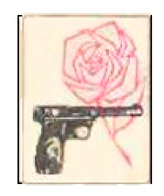


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Telegraremos tu asesinato

En Macapinchá, una aldea del pequeño país llamado Perucuador (país imaginado por el autor), se ha producido un brutal asesinato colectivo de esos que, desdichadamente, no son extraños en la realidad. Éstos son los hechos: un grupo llamado Los Indios Libertadores han arrasado la aldea, sin respetar vidas ni bienes de ninguna clase; como suele decirse, no han dejado piedra sobre piedra… ni cabeza sobre cabeza. Cincuenta personas, contando a mujeres, niños y ancianos han sido brutalmente inmoladas sin piedad alguna.



Lou Carrigan

Celebraremos tu asesinato

Brigitte en acción - 497

ePub r1.1
Titivillus 16.03.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

En la gran pantalla de vídeo aparecían las escenas filmadas con una nitidez escalofriante, con una profesionalidad indiscutible. Los acontecimientos que se iban sucediendo en la pantalla ofrecían tal calidad de imagen, de sonido, de verismo total, que el conjunto merecía, sin duda, un premio cinematográfico. Máxime cuando todo estaba ocurriendo durante la noche.

Pero estos detalles no importaban ahora.

Ahora importaban los hechos, las escenas de violencia y muerte que se sucedían unas a otras como en una espantosa pesadilla. En realidad, el hecho concreto que se estaba viendo en la pantalla era lo que solamente puede definirse como una masacre.

Un grupo de comandos sin la menor duda bien entrenados habían tomado por asalto aquella pequeña aldea de los Andes, y estaba haciendo una auténtica escabechina.

—Pero… ¿de dónde han sacado este vídeo? —Se oyó la voz femenina en la semioscuridad de la sala.

—Espere —replicó una voz de hombre—. Todavía no ha terminado la «diversión».

En efecto.

La masacre proseguía.

Destacaban los hombres que componían el comando. Todos eran altos, fuertes, atléticos. No había ni uno solo que midiera menos de metro ochenta, lo que contrastaba con las víctimas de la masacre, las familias de indios andinos que estaban siendo pulverizadas, y cuyos gritos de dolor, espanto y agonía se oían con alucinante claridad por entre los disparos, el estampido de las bombas, y el rugir del fuego. Grandes penachos de negro humo ascendían hacia el cielo describiendo formas sinuosas.

Todos los componentes del comando llevaban un uniforme de campaña, todos llevaban casco, la cara tiznada, y en las manos una

metralleta que disparaban de un modo sencillamente criminal contra hombres, mujeres y niños.

Fue talmente como si una manada de elefantes pasara por encima de un sembrado.

Todo quedó destrozado.

Cuando el último de los miembros del comando se volvió a mirar la obra que habían realizado, no quedaba nadie con vida, o al menos eso parecía. Las chozas caían destrozadas por el fuego, las que tenían paredes de adobes habían sido derribadas con granadas de mano.

El pequeño lugar se había convertido en un infierno y en un cementerio a la vez.

El miembro del comando que se había vuelto a contemplar la escena divisó, en el centro de la aldea, a un hombre que se estaba poniendo en pie, tambaleante. Sin duda, el pobre hombre ni se daba cuenta de lo que hacía, pues de haber estado plenamente consciente habría permanecido tirado en el suelo, simulando estar muerto.

Pero estaba vivo, y, aunque aturdido y sangrante, el instinto le impulsaba a ponerse en pie. Ese extraño instinto humano.

Logró quedar en pie, pero más le valdría no haberlo conseguido, porque no le habría ocurrido lo que le ocurrió: el miembro del comando que se había vuelto a contemplar la escena, lo vio, se acercó rápidamente a él, y, con el machete que rápidamente sacó de su funda, lo degolló de un solo golpe brutal.

A continuación, aquel hombre miró hacia la cámara y sonrió. Sonrió divertido y ufano, contento y feliz. Sonrió como el niño que acaba de realizar una tarea escolar y se la presenta al maestro diciéndole:

«—¿Verdad que es bonita? ¿Verdad que lo he hecho muy bien, señor maestro?».

Su cara tiznada y sonriente, de rasgos sólidos y viriles, permaneció tres segundos como fija en la pantalla. Fue tiempo suficiente para que en la parte delantera del casco incluso se divisara la inscripción Jefe Unidad, en letras blancas.

Luego, el Jefe Unidad limpió su machete en la ropa del hombre recién degollado, lo enfundó, y echó a correr en pos de sus compañeros, desapareciendo a su vez.

Detrás, quedó el fuego y la muerte.

La cámara fue recorriendo el escenario del crimen múltiple, sin prisas, ofreciendo toda clase de macabros detalles. Por último, enfocó hacia la luna, que se divisaba completamente redonda en el cielo.

La iluminación tan intensa que había habido hasta entonces desapareció.

Quedó sólo la noche.

La noche, la luna, las cincuenta personas asesinadas de un modo alucinante. Por fin, la pantalla mostró solamente la negrura de la nada.

Casi enseguida se encendieron las luces de la sala donde, en una gran pantalla se había proyectado el vídeo. Había en ella varios hombres, algunos muy pálidos, todavía como petrificados. Uno de ellos suspiró. Otro se pasó un pañuelo por la frente húmeda de frío sudor.

Finalmente, todos miraron hacia la última fila, donde se hallaban el hombre y la mujer sentados uno junto a otro. El hombre era *Mr*. Cavanagh, el Jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA. La mujer sentada a su lado era Brigitte Montfort, la agente «Baby», la gran carta que siempre jugaba la CIA cuando algún acontecimiento mundial se salía de lo corriente o, simplemente, escapaba a sus posibilidades normales.

Brigitte encendió un cigarrillo, estuvo unos segundos fumando en silencio, y, por fin, miró a Cavanagh.

—Pensándolo bien —dijo quedamente—, me permito suponer que es alguna especie de broma.

—No es ninguna broma —aseguró Cavanagh.

—O sea, que las imágenes que acabamos de ver corresponden a una realidad sucedida a algunos de los seres humanos habitantes del planeta Tierra.

—Claro —gruñó Cavanagh—. Como usted comprenderá, antes de llamarla me aseguré bien de que no era eso que usted ha dicho, una broma…, que por cierto no habría tenido ninguna gracia.

—Menos gracia tiene que haya sido una realidad.

—En efecto. Bueno…, así están las cosas.

—¿Dónde sucedió eso? He situado la acción en algún lugar de los Andes, ya que las víctimas son sin la menor duda indios andinos, pero no se me ocurre en qué país puedo situarlo.

—En Perucuador, ese pequeño país situado entre Perú y Ecuador, formado con los territorios que hasta hace poco estaban en litigio entre esos dos países, pues ambos los querían; finalmente, ambas parcelas de territorio recibieron la independencia y formaron una nueva nación.

—Sí, ya. Qué cosa tan linda, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—A ese nuevo país. Usted y yo sabemos que es una más de las perversas maniobras de los Estados Unidos. Durante años, nuestro gobierno ha estado fomentando tensiones entre Perú y Ecuador precisamente respecto a esos territorios. Por fin, dándonoslas de buenos, y con el fin de impedir que Perú y Ecuador se enzarzasen en una absurda guerra por unas cuantas montañas, intervinimos sabiamente y conseguimos que con esos territorios en litigio se crease el nuevo estado suramericano…, que no es más que una sucursal de los Estados Unidos.

—Costó bastantes millones de dólares, ese asunto —sonrió ceñudamente Cavanagh.

—Cualquier inversión en Suramérica es buena, porque todos sabemos que es el continente del futuro. Pero en fin, dejemos eso y hablemos de esa masacre. ¿Dónde ocurrió exactamente?

—La aldea se llama Macapinchá, y está tierra adentro, es decir, alejada del mar y a casi cinco mil metros de altura. No hay allí nada más que nieves y algunas llamas. Esos indios vivían de cuatro sembrados y la carne de las llamas. Eso es todo. Bueno, aparte de un poco de coca, claro.

—¿A qué llama usted «un poco» de coca?

—A nada. Para el consumo local apenas.

—O sea, que en Macapinchá solamente había personas.

—Sí. Quedaron tres supervivientes.

Brigitte miró vivamente a Cavanagh.

—¡Creí que no había quedado nadie con vida!

—Quedaron una mujer y dos niños, dentro de una de las casas de adobe que no pudo ser quemada ni terminó de ser derribada. Los del comando asesino no se dieron cuenta. Cosas que pasan. Pura suerte.

Mientras Brigitte y Cavanagh hablaban, los demás asistentes a la proyección del vídeo se habían ido acercando a ellos, sentándose

más cerca, hasta formar todos un apretado grupo.

Había allí tres especialistas en medios de comunicación audiovisual, dos jefes de grupos analíticos, tres directores de departamentos, y el subdirector general de la CIA.

El director no estaba presente por la simple razón de que se hallaba lejos de Washington y no había podido desplazarse a Langley, a la Central de la CIA, donde tenía lugar la reunión.

—¿Y dónde están esos tres supervivientes?

—En Nueva Andina, la capital de Perucuador. En el Hospital General Nacional. Debidamente protegidos por tropas del ejército, por supuesto.

—¿Con qué objeto? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno, se teme que el comando asesino decida rematar a esos tres supervivientes. Pudieron ver u oír algo que no les interese a los del comando.

—Podría ser —admitió la divina espía—, pero si los deseos del comando fuesen guardar el anonimato no nos habrían enviado esta cinta de vídeo. Claro que pueden haber retirado las posibles escenas realmente comprometedoras antes de enviárnosla.

—Sí, es razonable. Pero por si acaso, el ejército perucuatoriano está protegiendo a esas tres personas.

—No se pierde nada con ello. ¿Se sabe o se sospecha algún motivo por el que esa aldea haya sido arrasada?

—Al parecer, se trata simplemente de una demostración de fuerza y poder, una… advertencia de las cosas que seguirán pasando en Perucuador si el presidente Juan Lorenzo Salvatierra no accede a las pretensiones del comando, que por cierto ha tomado el nombre de Los Indios Libertadores.

—¿Los Indios Libertadores? —Se pasmó Brigitte—. ¡No había un solo indio andino formando parte de ese comando! Todos sus miembros eran de raza no andina: quizá sean suramericanos, no diré que no, pero a mí más bien me han parecido norteamericanos o europeos. Mercenarios, en una palabra.

—Ciertamente. Pero, según podemos deducir, esos mercenarios estarían al servicio de Los Indios Libertadores, es decir, un grupo de personas de Perucuador, que tienen determinadas intenciones o proyectos. Y que no tienen por qué ser indios, aunque utilicen ese nombre.

—Pero si se llaman a sí mismos libertadores es que quieren libertar algo… ¿Qué es lo que se puede libertar en Perucuador?

—Al parecer, absolutamente nada. Ya fue liberado al ser organizado como un nuevo país. Nadie puede pretender más. El presidente Salvatierra fue elegido masivamente, todo estaba normal allá, no es un país rico, no tiene enemigos… Maldita sea, ni siquiera entiendo que alguien sienta el menor interés en ningún sentido por esas montañas en las que, hoy por hoy, sólo hay unos cuantos indios y unas cuantas llamas.

—Y cóndores.

—¿Eh…? Oh, sí, claro, cóndores.

—Eso, de momento —dijo irónicamente Brigitte—. Ya veremos en el futuro cuál es la verdadera riqueza o el verdadero valor de Perucuador… ¿Cuáles son las pretensiones de ese comando asesino, de Los Indios Libertadores?

—Por el momento quieren cinco millones de dólares y que el presidente Salvatierra ordene un desfile militar por las calles de Nueva Andina dentro de una semana. Si estas órdenes de Los Indios Libertadores son desobedecidas, Perucuador deberá prepararse para recibir otro duro golpe.

—A ratos tengo la impresión de que todavía estoy durmiendo en mi apartamento y que todo esto es una absurda pesadilla. ¿Cómo se puede admitir o tan sólo comprender que hayan sido inmoladas cincuenta personas por cinco miserables millones de dólares?

—Y el desfile militar. Lo de la petición de dinero puede ser una cortina de humo para distraer la atención de las autoridades de Perucuador. Quiero decir que quizá lo que realmente les interesa a Los Indios Libertadores es ese desfile de las fuerzas armadas.

—¿Para bombardearlas o asesinarlas de alguna manera una vez reunidas en Nueva Andina? ¿O tal vez para dejar desguarnecidos los cuarteles?

—Podrían ser ambas cosas.

—Pero vamos a ver… ¿cuáles son los efectivos totales de las fuerzas armadas de Perucuador?

—Unos doce mil hombres, entre una población total de unos dos millones de personas.

—Estamos hablando de cifras absolutamente ridículas…, excepto en esos cincuenta asesinatos. Está bien, en lo que a mí

respecta me siento suficientemente motivada para intervenir. No me gusta la gente que asesina y que, al parecer, podría insistir en ello. Esto, dejando aparte que sin duda tienen unos planes concretos que podrían ser muy perjudiciales para ese pequeño país…, y también para los intereses de los Estados Unidos, verdadero motivo por el que se ha recurrido a la agente Baby, ¿no es así?

—Ha sido el propio señor Bush quien ha solicitado la intervención de usted.

—George y yo nos conocemos bien —suspiró Brigitte— desde que estuvo como director de la CIA, de modo que él sabe de sobra que voy a intervenir, después de ver este vídeo. Por cierto: ¿de dónde lo hemos sacado?

—¿El vídeo? Nos lo envió nuestro hombre en Nueva Andina. Quiero decir, el agente que usted llamará Simón-Nueva Andina. A él se lo entregó en Nueva Andina un político perucuatoriano de escaso relieve, un tal Estanislao Pozuelo. Este Pozuelo, junto con algunos amigos, han formado un grupo que ha solicitado nuestra ayuda.

—¿Qué clase de ayuda concretamente?

—Ellos están conformes con ceder a las pretensiones de Los Indios Libertadores, pero sólo mientras se toman las medidas oportunas para liquidar a esos criminales. Ni el señor Pozuelo ni sus amigos en particular, ni Perucuador en general, están preparados para una reacción lo bastante fuerte y debidamente organizada. Así que se pusieron en contacto con Simón-Nueva Andina, le entregaron el vídeo, y le pidieron que rogase a Washington el envío de alguna persona capacitada para afrontar y resolver la situación.

—Afrontar y resolver la situación… Muy razonable. Lo que no me parece nada razonable es que el vídeo y la información provengan de ese señor Pozuelo. ¿No le parece que debió ser el presidente Salvatierra quien solicitara formalmente nuestra ayuda?

—Fue amenazado cuando le enviaron el vídeo. Le hicieron llegar un mensaje en el que se le indicaba bien claramente que si pedía ayuda a sus amos, es decir, a los Estados Unidos de América, debería atenerse a las terribles consecuencias.

—De modo que hay en Perucuador quien sabe la verdad. Entonces, ya no es tan difícil comprender de qué quieren liberar Los Indios Libertadores a Perucuador: de nosotros, los yanquis. Y los comprendo…, menos en su comportamiento criminal, claro está.

Bien, entonces, debo entender que el señor Pozuelo y su grupo han recurrido a nosotros secretamente.

—Evidentemente. Deberemos hacer las cosas no sólo bien, sino de modo que nadie se dé cuenta de que las estamos haciendo. Si Los Indios Libertadores se dan cuenta de nuestra intervención quizá decidan masacrar otra aldea, como represalia…, o hacer alguna cosa todavía peor.

—¿Peor que asesinar cincuenta personas inocentes?

—Podrían asesinar cinco mil. O cincuenta mil.

—Claro. Quisiera llevarme un par de copias de esa cinta de vídeo.

—Se las grabaremos inmediatamente. ¿Cuándo piensa salir hacia Perucuador?

La agente Baby sonrió encantadoramente.

—En cuanto usted me proporcione esas dos cintas.

* * *

Tal como habían convenido, Número Uno la estaba esperando en West Potomac Park, cerca de Lincoln Memorial. El cielo presentaba una tonalidad gris que oscurecía las rosadas flores de los almendros. El río Potomac parecía de chocolate.

Al verla, Número Uno acudió a su encuentro, y se besaron suavemente en los labios.

—Como ves —dijo Brigitte—, he logrado salir sana y salva de la Central.

—Ya te dije que jamás en mi vida volveré a poner los pies en ese lugar donde planearon mi muerte como una jugada más de la CIA. Sé muy bien que actualmente no tengo nada que temer, que todo aquello pertenece al pasado, pero no quiero ir a Langley.

—Está bien. ¿Te has divertido por aquí?

—Estoy acostumbrado a la soledad. Ni me divierto ni me aburro. ¿Podemos ir a Villa Tartaruga, o tienes algo que hacer?

—Tengo algo que hacer…, y me gustaría que me acompañaras. Vamos al coche.

Brigitte se tomó de la mano de Número Uno, al que puso al corriente del asunto de Los Indios Libertadores mientras caminaban hacia donde ella había dejado el coche con el que había ido y vuelto

de la Central de la CIA. Cuando terminó la explicación estaban ya circulando por la autopista hacia el aeropuerto. El sol volvía a dejarse ver, tímidamente, cuando llegaron al Foster Dulles Airport.

—En Villa Tartaruga —dijo Uno—, la primavera es primavera. Aquí, ni siquiera eso es auténtico.

—Sabes muy bien que hay días nublados en todas partes. Incluso en plena zona ecuatorial, que es adonde iremos inmediatamente. Es decir, si quieres acompañarme.

—Sí.

—Bien —Brigitte rió quedamente, y le besó en un lado de la boca—. Ya sabía que en un caso así comprenderías perfectamente que retrase nuestra llegada a casa. Si te parece bien, podemos viajar juntos hasta Quito. Luego, ya veremos.

—Entre unas cosas y otras tardaremos no menos de cuarenta y ocho horas en llegar a Quito.

—Espléndido. No todo va a ser trabajar: podemos tener una luna de miel de cuarenta y ocho horas. ¿Qué dices al respecto?

—Que no está mal…, para empezar.

Capítulo II

La señorita Brigitte Montfort llegó al aeropuerto internacional de Nueva Andina, cincuenta y dos horas después. Lo hizo abiertamente, como periodista dispuesta a escribir un reportaje sobre Perucuador y, al mismo tiempo, tomarse unas cortas vacaciones.

Era media tarde.

Tan sólo media hora después se hallaba instalada en el Hotel Banderas, de moderna y flamante construcción y en cuya amplísima entrada ondeaban, en tamaño reducido, las banderas de todos los países americanos, y, en el centro, en tamaño mayor, la de Perucuador. Entre la evidente buena disposición de la dirección del hotel hacia todos los americanos, y la simpatía personal de la viajera yanqui, que hablaba el español con toda perfección, la señorita Montfort cayó en el hotel como una huésped de lo más destacable, como una auténtica VIP[1], a la que se asignó una de las *suites* especiales.

Y tan especiales. Disponía de dos habitaciones con su correspondiente cuarto de baño, salita de recibo, despacho privado, y vistas a la Avenida de la Independencia (nombre que no le pareció nada original) por un lado y a unos altos picos de los Andes por otro. El ecuatorial sol de la tarde caía casi a plomo sobre los lejanos picos nevados.

La dirección del hotel obsequió a la famosísima periodista con flores y una encantadora cesta con frutas. Todo era amable. Talmente parecía que en Perucuador nadie se hubiese enterado de la tragedia ocurrida pocos días antes en una remota aldea llamada Macapinchá.

En cuanto estuvo sola, Brigitte recurrió a la radio de bolsillo, cuya onda había sido sintonizada previamente con la de la zona.

—¿Qué? —Respondió en español una voz de hombre—. ¿Hola?

—¿Simón?

—¡Gracias a Dios que ha llegado! —Exclamó, ahora en inglés, su interlocutor—. ¡Me están acorralando!

—¿Quiénes?

—Ese jodido Pozuelo y su grupo. Bueno, es comprensible… Esa pobre gente está desesperada. Se acerca el día en que deben hacer desfilar las tropas, y no saben qué hacer.

—¿Cómo que no saben qué hacer? —Se pasmó la divina espía—. Pues está bien claro: dejar que el presidente Salvatierra obedezca las instrucciones de Los Indios Libertadores, y dar en todo momento la impresión de que no va a haber oposición. ¿Acaso la reacción del señor Pozuelo y su grupo no es secreta?

—Sí… Pero ellos tenían la esperanza de que les resolveríamos el problema antes de que llegara el día del desfile. Temen alguna catástrofe… Y sólo faltan tres días.

—La esperanza nunca debe perderse. ¿Las tropas se están preparando para el desfile?

—Sí, sí.

—¿Se han pagado ya los cinco millones de dólares?

—Claro.

—Pues entonces no se preocupe más, Simón. Ocúpese de conseguir para esta noche una reunión… secreta, naturalmente, con el señor Pozuelo y su grupo. ¿Puede conseguirlo?

—No creo que haya problema.

—¿Saben esas personas que en el asunto interviene la agente Baby?

—Todavía no se lo he dicho. Les he dicho que la Central estaba tomando sus medidas y que designaría el personal adecuado, pero no la he mencionado a usted.

—Bien hecho. Llámeme cuando haya concretado esa reunión secreta con el grupo del señor Pozuelo.

* * *

El coche se detuvo frente al pequeño chalé, cuya iluminación era más bien escasa. Resultaba mucho más intensa la luz de la luna menguante, que parecía congelarse en los picos nevados, y que producía destellos como de espejo en los techos de dos automóviles

estacionados a un lado de la casa.

Al salir del coche, Baby sintió como un soplo de frío que la estremeció. Simón-Nueva Andina le tendió un chaquetón de piel de llama, sonriendo.

—Ya le dije que tendría frío. Esto no es la costa, ¿sabe?

—Me doy perfecta cuenta. Me gustaría ver algún cóndor.

—No es nada fácil verlos. ¿Quiere esperar aquí un momento? Voy a asegurarme de que todo está en orden, pues me extraña que no salgan a recibirnos…

Justo en ese instante, la puerta del chalé se abrió, y la sombra de un hombre se proyectó hacia el exterior, al mismo tiempo que su voz:

—¿Davidson?

La espía frunció el ceño, y miró a su compañero, que encogió los hombros con un gesto de resignación. Tampoco había por qué preocuparse demasiado. A fin de cuentas, si se habían comunicado con él era porque le conocían. Y no todo el mundo es tan precavido y discreto como la agente Baby, que prefería ignorar nombres.

—Soy yo, señor Pozuelo —dijo Simón—. Todo está bien.

Brigitte dejó de mirar al hombre de la CIA en Nueva Andina: moreno, no demasiado alto, de ojos oscuros… Podía pasar por suramericano, aunque no por indio andino, ciertamente. En cuanto a ella, en aquel momento parecía también una suramericana de ojos negros y no demasiado agraciada, debido a las lentillas de contacto especiales y a los rellenos que deformaban levemente pero de modo suficiente sus facciones. Nadie identificaría a la morena de ojos negros con la elegante señorita Brigitte Montfort de ojos azules como el cielo…

Caminaron los dos hacia la casa. El señor Pozuelo les cedió la entrada. Miraba entre perplejo y enfadado a Baby, pero no dijo nada. Cerró la puerta cuando los dos hubieron entrado, y miró interrogante a Simón, que movió la barbilla hacia Brigitte.

—Ella es la persona —dijo.

—¿Qué persona? —inquirió Pozuelo.

—La persona que ha enviado Washington para resolver el problema.

—¿Cómo está usted, señor Pozuelo? —saludó Brigitte, en español, tendiendo la mano.

—Bien —Estanislao Pozuelo estaba aturdido—… Oigan, esto debe de ser una broma, ¿eh? Esperábamos una ayuda eficaz y rápida…

—Señor Pozuelo —le interrumpió Simón—, le sugiero a usted que no diga nada más. Cuanto menos hable ahora, de menos tonterías tendrá que arrepentirse más adelante. Créame: cierre la boca.

Pozuelo no sólo cerró la boca, sino que apretó los labios. En la puerta de la salita, que daba al pequeño recibidor, habían aparecido otros dos hombres.

Uno de ellos era bajito y grueso, de amplio tórax y, en conjunto, unas características inconfundibles de indio andino casi puro. Pozuelo lo presentó como Luciano Sánchez. El otro, de mediana estatura y aspecto corriente a más no poder, se llamaba Críspulo Martos.

—Venga, conocerá el último del grupo —dijo Pozuelo, señalando hacia la salita.

Brigitte asintió. Por su parte, Pozuelo no tenía absolutamente nada de especial. Era muy calvo, de aspecto insignificante, vestido con gran discreción; solamente sus ojos, negros y vivos, expresaban un notable dinamismo y una considerable inteligencia. Debía de tener algo menos de cincuenta años, lo que lo convertía en el de más edad de su grupo.

El último miembro de éste era un sujeto melenudo y peludo, gordo hasta lo imposible, y que tuvo que hacer un visible esfuerzo para ponerse en pie cuando Pozuelo lo presentó a la espía norteamericana. Su nombre era Senén Ologaray, y no podía ser más evidente que amaba la vida y todos sus placeres. Especialmente, sin la menor duda, el de la buena y abundante comida. Pero todo se le podía perdonar (incluso la mirada no poco libidinosa que dirigió a Baby) gracias a su cara de buena persona, a su expresión de niño bueno y afectuoso.

—¿Quiere usted tomar un poco de pisco? —ofreció.

—Se lo agradezco —sonrió Baby.

Se sentó en una butaca. Se daba perfecta cuenta de que aquellos cuatro hombres estaban decepcionados, pero, simplemente, era un problema de ellos, no de ella. Ya saldrían de su error.

Ologaray le sirvió pisco con limón en un vaso, y se sentó frente a

ella, recreándose sin disimulo alguno en su contemplación. Baby bebió un sorbito de pisco.

—¿Cómo debemos llamarla? —preguntó Ologaray.

—Pueden llamarme Persona —sonrió la espía.

—Bien. Veamos… Esto… O sea, usted ha venido como observadora especial, o…

—Señor Ologaray, yo he venido a resolver sus problemas, no a observarlos. Cuando dentro de unos pocos días yo me marche de Perucuador todo estará solucionado. ¿Me he explicado?

—Sin la menor duda —intervino Pozuelo—, pero francamente, estamos un poco… desorientados. ¿Qué es lo que piensa hacer usted…, y qué es lo que puede hacer?

—Vamos a desarrollar el asunto con un mínimo orden —propuso Baby—. En primer lugar, entiendo que el presidente señor Salvatierra no está enterado de esta reacción de ustedes contra las exigencias de Los Indios Libertadores. ¿Esto es así?

—Sí. Hemos preferido que él actúe con sinceridad en sus tratos con Los Indios Libertadores. Quiero decir que si el señor Salvatierra tuviera que fingir la cosa se complicaría. Es un hombre demasiado… demasiado…

—¿Lineal? —sugirió Persona.

—Yo más bien diría honesto —farfulló Pozuelo—. No sabe fingir, no tiene malicia.

—Quizá fue por eso que el pueblo lo eligió masivamente como el primer presidente de Perucuador —sonrió de nuevo Persona—. Los hombres honestos no abundan. De todos modos, encontrar un político que no sepa fingir es un verdadero acontecimiento. ¿De quién fue la idea de recurrir a los Estados Unidos en petición de ayuda secreta?

—Mía —dijo Pozuelo—. Aunque luego se me ocurrió que ustedes habrían intervenido de todos modos. A fin de cuentas, tienen intereses en Perucuador.

—Sí, pero si hubiéramos intervenido abiertamente habríamos provocado dos situaciones inconvenientes. Una, que Los Indios Libertadores se habrían enfadado y por tanto habrían llevado a cabo otra atrocidad como la de Macapinchá. Dos, que habríamos puesto en evidencia nuestra verdadera posición en Perucuador. Por tanto, nuestra intervención habría tenido que ser, forzosamente, secreta.

Lo único que ha conseguido usted con su iniciativa, señor Pozuelo, ha sido acelerar el proceso, y, ciertamente, proporcionarnos muy buena información.

—¿Buena información? Lo único que he conseguido ha sido la copia de vídeo que entregué a Davidson. Y no crea que nos fue fácil conseguir esa copia, pues Salvatierra está dispuesto a todo con tal de evitar otra acción como la de Macapinchá.

—En cualquier caso —intervino Luciano Sánchez—, no me parece que ese vídeo sea una «buena información».

—Claro que sí —le miró amablemente Persona—. Por medio de ella iremos obteniendo pistas sucesivas. Por ejemplo, es evidente que para filmar todo lo que sucedió aquella noche en Macapinchá la aldea tuvo que ser adecuadamente iluminada. Y no con linternas. Quiero decir que mi impresión es que se instaló en toda la aldea una iluminación completa y perfecta, bien estudiada por alguien con conocimientos de luminotecnia. Digamos que la iluminación tuvo que ser la misma que se habría empleado para filmar una película. ¿Están de acuerdo?

—Sí… Claro.

—Y eso no se podía hacer sin que los habitantes de la aldea se dieran cuenta.

—¿Quiere decir que los engañaron?

—Evidentemente. Me inclino a creer que les dijeron que iban a hacer una película, y que los habitantes de Macapinchá iban a aparecer en determinadas escenas de la misma, por supuesto cobrando un dinero que sin duda debió de parecerles un maná del cielo. También pudieron decirles que iban a filmar un documental patriótico, o simplemente un noticiario… Cualquier cosa. Por tanto, pregunto: ¿qué me dicen ustedes de la posible industria cinematográfica de Perucuador? ¿Alguna productora está en condiciones de afrontar ese trabajo? ¿Tal vez ha venido alguna productora extranjera?

—Por el momento —murmuró Pozuelo— la industria cinematográfica en Perucuador es completamente nula.

—Algo así pensaba. Pero… ¿qué me dicen de la televisión?

—Ah, televisión sí tenemos. Solamente un canal, por ahora, pero por algo se empieza. El canal tiene el nombre de TeVePer…, pero no hay la menor noticia de que nadie de la emisora estuviera en

Macapinchá aquella noche…, ni nunca. Se habría sabido.

—Eso pensé. Por tanto, todo el equipo de filmación tuvo que venir del extranjero, tanto el personal como el material. ¿Están ustedes en condiciones de ordenar y desarrollar una investigación en ese sentido?

—Bueno, podemos acceder a los registros de entrada en el país de esa clase de material y personal…

—No, no, señor Pozuelo. Ese personal y ese material no entraron legalmente en Perucuador. Quiero decir una investigación alejada de los sistemas oficiales. ¿Pueden hacerlo?

—Me temo que no —comenzó a mostrarse incómodo Estanislao Pozuelo.

—Entonces, nosotros nos encargaremos de ello. Hablemos ahora de esos tres supervivientes que están atendidos y custodiados en el Hospital General Nacional. ¿En qué estado se encuentran?

—Van evolucionando de modo satisfactorio —intervino ahora Críspulo Martos—. Parece seguro que los tres conservarán la vida.

—¿Han hecho alguna declaración en algún sentido?

—Por el momento, no.

—Entonces, deberíamos intentar que nos dieran una versión personal de lo que ocurrió y cómo ocurrió.

—No sé si usted está al corriente de que se trata de una mujer y dos niños.

—La mujer debió de asustarse tanto que sin duda quedaría incapacitada para fijarse en detalles. Los niños es otra cosa, ellos siempre se fijan en todo. ¿Creen que yo tendría problemas en llegar hasta ellos?

—Todos los del mundo. Las órdenes son severísimas al respecto: nadie más que el capitán Teófilo Andrade y su compañía compuesta por ciento veinte soldados, que realizan la guardia en el hospital en turnos rotatorios, pueden acercarse a la sala donde están hospitalizados.

—¿Tiene algo de especial ese capitán Andrade? Quiero decir: ¿por qué lo han elegido a él para ese cometido?

—Bueno, parece ser que es la persona elegida para poner en marcha el futuro Servicio Secreto de Perucuador, así que se ha aprovechado la ocasión para ponerlo a prueba y, en fin, comenzar a estructurar ese Servicio Secreto.

—Muy interesante. ¿Y qué me dicen de ustedes cuatro?

Los personajes se quedaron mirando a Persona sin comprender.

—¿Nosotros cuatro? —Murmuró por fin Pozuelo—. ¿Qué quiere decir?

—Pregunto qué son ustedes cuatro dentro de la vida política, militar o social de Perucuador.

—¡Ah…! Ya. Bueno, veamos… Luciano es el Secretario para Asuntos Internos; Críspulo es un componente del Cuerpo de Finanzas; Senén dirige la Academia de las Artes, y yo soy subsecretario en el Ministerio del Exterior.

Persona asintió, y miró con gesto interrogante a Simón-Nueva Andina, que dio muestras visibles de incomodidad.

—Bueno —masculló—, digamos que en cierto modo pertenecen a la clase dirigente del país.

—¡Eso está muy bien expresado! —rió Senén Ologaray—. Vamos, Davidson, dejémonos de tonterías. Mire, señorita Persona, nosotros cuatro no somos nadie en Perucuador, ¿comprende? Quiero decir, aparte de cuatro politiquillos de escasa importancia que están dispuestos a todo con tal de que NADIE venga aquí a tocarnos las narices ni a perjudicar de ninguna manera a nuestra patria. No sé si yo me he expresado tan bien como Davidson.

—No se ha expresado peor —sonrió una vez más Baby.

—Nosotros —dijo Pozuelo, que estaba lívido— no hemos pretendido en ningún momento ser grandes personajes. Lo único que pretendemos…

—Ya he entendido muy bien lo que ustedes pretenden, señor Pozuelo. Muy agradable este pisco.

—¿Le sirvo otra copita? —ofreció Ologaray.

—No, gracias. Bien, me parece que no podemos hacer nada más, en esta primera reunión…

—En realidad, no hemos hecho nada —murmuró Críspulo Martos.

—Ya lo creo que sí —lo miró fijamente Persona—: nos hemos conocido, que no es poco. Al respecto, quisiera establecer una condición, una sola, que es imprescindible para que yo me sienta tranquila y con la confianza de que todo va a funcionar a mi gusto.

—¿Cuál es esa condición?

—Si en cualquier lugar y ocasión, sea en la circunstancia que

sea, alguna persona recurre a ustedes presentándose con el nombre de Tortuga, deberán OBEDECERLE sin titubeos ni discusiones, sea lo que sea lo que esa persona indique o exija. ¿Pueden comprometerse a esto?

—Por supuesto. Es fácil comprender que esa persona goza de la absoluta confianza de usted, así que seguiremos sus instrucciones.

—Muy agradecida. ¿Tienen alguna pregunta que hacer o desean decir algo que consideren útil?

—Nada podemos decir que usted no sepa ya —aseguró Pozuelo —. Pero nos gustaría que usted correspondiese a nuestra franqueza diciéndonos quién… o qué es.

—¿Quiere decir que desea conocer mi importancia dentro del engranaje de los Estados Unidos?

—Francamente, sí.

Persona asintió con un gesto amable.

—Digámoslo de este modo —explicó—: si yo sugiriera al señor presidente de los Estados Unidos que Perucuador tenía que ser invadido, en veinticuatro horas su país estaría bajo nuestra bota militar; si, por el contrario, me pareciese que valía la pena apoyarles en su independencia y en su futuro, dentro de un año Perucuador sería el país proporcionalmente más rico de América Latina. ¿Contesta esto a su pregunta, señor Pozuelo?

—Sin la menor duda. Gracias.

—¿Alguna cosa más?

—No, no.

—En ese caso, hasta la vista. ¿Les importa que mi compañero y yo nos quedemos aquí unos minutos más?

—Claro que no.

Los cuatro personajes de poca monta se despidieron de Persona y de Davidson, y salieron de la casa. Enseguida, Baby y Simón-Nueva Andina oyeron el zumbido de los motores al ser puestos en marcha. Por las ventanas pasaron las luces de las dos parejas de faros. Luego, el silencio.

—¿Por qué ha preferido usted que nos quedásemos nosotros? —Inquirió Simón-Nueva Andina.

—Tengo mis razones. ¿Qué sabe usted de ese capitán Andrade?

—Teófilo Andrade quizá sea más o menos interesante como militar —sonrió el agente de la CIA—, pero tenga la seguridad de

que como espía no me quitaría el sueño.

—Entonces, ¿por qué le han elegido a él para ocuparse de organizar el Servicio Secreto del país?

—Por una razón muy simple: es el menos tonto de los que pueden disponer para el cargo.

Persona también sonrió, y se disponía a contestar cuando de repente quedó inmóvil. Su mirada se dirigió vivamente hacia la ventana…, y en ese mismo instante los cristales de ésta reventaron, y el cañón de una metralleta se introdujo por el hueco, al mismo tiempo que se oía la bronca voz, ordenando en español:

—¡Quédense quietos o los achicharro a balazos!

Capítulo III

Baby ni siquiera respingó. Simón-Nueva Andina sí lo hizo, al tiempo que se volvía velozmente hacia la ventana.

—¡No, Simón…! —gritó Baby.

Pero su orden, más bien consejo, no podía llegar a tiempo, porque la reacción de Simón-Nueva Andina había sido instintiva, incontenible. La reacción del hombre que empuñaba la metralleta no fue menos rápida que la del agente de la CIA: de la boca de fuego brotó un breve chorro de balas, y Simón-Nueva Andina lanzó un alarido, giró dos veces sobre sí mismo, y cayó violentamente de bruces sobre el duro y áspero suelo, dejando en el aire un surtidor de gotas de sangre que enseguida cayeron a su alrededor…

—¡Permanezca quieta! —gritó al hombre que había disparado—. ¡O le va a suceder lo mismo!

Baby consiguió controlarse.

Se quedó mirando a Simón, que yacía inmóvil, con una mejilla apoyada en el suelo, los ojos cerrados, las facciones desencajadas; sus manos parecían querer clavarse en el áspero pavimento.

Se oyó el ahogado estampido de un disparo, y la espía supo que la cerradura de la puerta acababa de ser destrozada de un balazo. Oyó las recias pisadas, y tres hombres aparecieron en la pequeña salita. Tres atletas altos, jóvenes, vestidos de oscuro, dos de los cuales empuñaban sendas metralletas y el otro una pistola. La espía norteamericana no tuvo la menor duda, apenas verlos, de que eran europeos.

El de la pistola apuntó con su arma a Baby, ordenándole:

—Ponga las manos sobre la cabeza y no se mueva.

La espía obedeció. El sujeto de la pistola se acercó a donde estaba el maletín rojo con florecillas azules estampadas, lo puso en el regazo de Persona, y dijo:

—Ábralo, pero muy despacio, y entrégueme cualquier arma que

contenga. ¿Lleva alguna documentación?

Baby asintió.

Abrió el maletín, despacio, y sacó un pasaporte, que tendió al hombre. Éste lo tomó y lo examinó rápidamente. Enseguida, miró atónito a la espía americana.

—¿Es usted rusa? —exclamó.

—Sí. Mi nombre es Galina Cherkova. Ahí lo dice bien claro.

—Pero entonces… ¿qué hace usted con el agente de la CIA? —Movió la cabeza hacia Simón.

—Cosas del espionaje. Yo soy de la KGB.

El atleta no conseguía salir de su desconcierto. Posiblemente para tomarse tiempo, inquirió:

—¿No lleva armas?

—Sí. Una pistola. Pero no está en el maletín.

—¿Dónde está?

—Aquí —se tocó Persona el muslo izquierdo, cerca de la ingle.

—Veámosla. Con mucho cuidado.

—Deje de amenazarme. No soy una estúpida.

Se subió la falda lentamente, dejando al descubierto sus bellísimos muslos que parecían de seda dorada.

Arrancó la pistola junto con el trozo de esparadrapo que la sujetaba a la carne, y la tendió al atleta, preguntando:

—¿Y usted quién es?

—¿Qué traman usted y el norteamericano con esos cuatro infelices? —preguntó a su vez el otro.

—Hagamos un trato —propuso serenamente Galina Cherkova—: usted me dice quién es y por qué vigilaba al de la CIA, y yo contesto luego a todas sus preguntas.

—Preciosa —sonrió de pronto el hombre—, usted va a contestar a todas mis preguntas aunque yo no conteste a ninguna suya.

—Al menos, déjeme ver si puedo hacer algo por el yanqui.

—Espere.

El atleta se acercó a Simón, le dio la vuelta utilizando un pie que pasó bajo su cuerpo, y se inclinó sobre él, quitándole la pistola que portaba en la funda axilar. Acto seguido le hizo un gesto de asentimiento a Galina Cherkova, que corrió a arrodillarse junto al herido, dejando junto a éste el maletín.

El agente de la CIA había recibido cinco balazos: uno en un

muslo, dos en el costado izquierdo, uno en el hombro de este mismo lado, y otro rozando el cuello, donde había producido una estría superficial pero muy aparatosa. Ninguna de las heridas, por sí sola, parecía revestir peligro para la supervivencia del herido, pero Baby sacó algunas compresas del maletín, y, tras rasgar la ropa de Simón, taponó como pudo las heridas del hombro y del costado.

Los tres hombres la observaban en silencio, sin duda aprovechando para terminar de recuperarse de la sorpresa de la intervención de una agente de la KGB soviética.

Simón-Nueva Andina había abierto los ojos, y contemplaba con expresión estupefacta a su colega. Hizo girar los ojos lentamente, vio a los tres hombres, y volvió a mirar a Baby, que le sonrió levemente.

—Tranquilícese, yanqui —murmuró, en inglés—, no va a morir en esta ocasión.

—Vuelva al sillón —ordenó el atleta de la pistola—, y conteste a mi pregunta: ¿qué traman usted y el yanqui?

—Es una simple alianza provisional para intercambio de información. Los espías hacemos con frecuencia estas cosas…, sobre todo cuando algo nos llama la atención de modo especial.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, lo sucedido en Macapinchá. Yo le hice al yanqui una oferta de intercambio informativo, y él dijo que podía conseguir una cita con algunas personas que quizá supiesen algo interesante, aunque no eran importantes. De modo que nos reunimos aquí con esas personas.

—¿Y qué han sacado en claro?

—Nada. Esas cuatro personas saben menos que nosotros. Y están muy asustados.

—Pero usted es rusa. De la KGB.

—Ya se lo he dicho. ¿Por qué le sorprende tanto?

El hombre titubeó. Ni por asomo se le ocurrió que la falsa agente rusa que tenía sentada ante él ni más ni menos que estaba leyendo sus pensamientos con toda facilidad: simplemente, el hombre estaba entre desconcertado y preocupado por el hecho de la intervención soviética en aquel asunto. Esto lo tenía todavía con la mente en blanco…, y cada vez más preocupado.

—Pero… ¿por qué se mete la KGB en esto? —insistió el atleta.

—No es la KGB la que se ha metido en esto, sino yo. Estoy trabajando en Suramérica, y mi trabajo consiste en enterarme de lo que pasa y por qué pasa. Entonces, informo a mi jefe de zona, y él pasa la información al jefe del continente, el cual la pasa a Moscú…, que es donde deciden. ¿Para quién trabajan ustedes? ¿Tomaron parte en el asalto a la aldea de Macapinchá?

El atleta se volvió hacia uno de sus compañeros armados con metralleta, y le habló en alemán, sin que se le ocurriese que Galina Cherkova hablaba el alemán perfectamente.

—Ve al coche, llama, y pide instrucciones concretas, pues no se nos ha advertido en ningún momento de la intervención rusa en esto.

Baby había vuelto a sentarse en la butaca, y estaba encendiendo un cigarrillo. En el hueco de la ventana seguía viéndose el cañón de la metralleta apuntando a la supuesta espía soviética.

—¿Qué se proponen realmente ustedes con la masacre de Macapinchá? —preguntó ésta.

—Cállese. No diga ni una sola palabra más hasta que regrese mi compañero.

El rostro de la espía se tornó inescrutable. Continuó fumando, a la espera del regreso del hombre que había ido al coche para hacer una llamada por la radio.

* * *

El hombre llegó junto al coche, escondido en las sombras alejado no menos de trescientos metros de la casa, y abrió la puerta delantera derecha, dispuesto a ocupar el asiento desde el cual se manipulaba la pequeña radio instalada en un compartimiento hermético.

No tuvo tiempo ni de terminar de abrir la portezuela. Dos brazos protegidos por negro jersey aparecieron por detrás de él, y las manos, asimismo protegidas con guantes negros, efectuaron la terrible presa mortífera: mientras una de ellas sujetaba el pecho del mercenario, la otra le asió la barbilla y tiró de ella con fuerza hacia el hombro izquierdo.

Las vértebras crujieron, se partieron, y el hombre emitió un sordo quejido y murió.

Número Uno lo arrastró hasta unos arbustos, donde lo tiró,

dejando escondido el cadáver. Luego, emprendió el regreso hacia la casa. Distinguió sin problema alguno al hombre que todavía permanecía de pie ante la ventana destrozada, apuntando con su metralleta hacia el interior de la casa.

Sin disimulo alguno se acercó a él. El otro debió de oírlo en determinado momento, pero, tal como Número Uno esperaba, no hizo caso, pues creía que quien se le acercaba era su compañero, que regresaba del coche.

Número Uno llegó tras él, se colocó a un lado, y con la mano izquierda sujetó la metralleta apoyada en el marco de la ventana.

El mercenario asesino giró la cabeza hacia él. La luz procedente de la salita, que iluminaba su rostro, reveló su gesto de desconcierto, de interrogación. Vio aquellas desconocidas facciones viriles, angulosas, herméticas, y la negra mirada del mejor espía del mundo.

Eso fue todo.

Al instante siguiente, el navajazo le acertaba de lleno en el corazón, penetrando por el borde del pectoral izquierdo con una fuerza escalofriante. Murió en el acto, y cayó hacia atrás como un poste, dejando la metralleta apoyada en la ventana sujeta por la mano izquierda de Número Uno, que enseguida ocupó la posición del mercenario, sujetando el arma.

Entonces, emitió un sonido que se parecía al canto de un búho.

* * *

Dentro de la salita se oyó perfectamente el canto del búho.

La supuesta espía soviética terminó el cigarrillo, lo aplastó en un gran cenicero de cerámica, y miró a los dos hombres que la contemplaban en silencio.

Dejó su mirada fija en los claros ojos del hombre de la pistola, y dijo amablemente:

—Su compañero no regresará. Prosigamos la conversación: ¿qué se proponen realmente ustedes con la matanza de Macapinchá? ¿Por qué vigilaba usted al espía americano? —señaló al inconsciente Simón-Nueva Andina.

Los dos hombres la miraban entre desconcertados e irritados. Por fin, el de la metralleta frunció el ceño y dio un paso hacia ella,

con gesto amenazador.

—Te voy a meter el cañón del arma en el…

La metralleta que permanecía visible en la ventana rugió brevemente, enviando un chorro de balas hacia el mercenario, que lanzó un bramido, fue girando sobre sí mismo hacia la pared, chocó contra ésta de cara, cayó de espaldas, y quedó cara al techo, con los ojos desorbitados y su cuerpo como salpicado caprichosamente con pintura roja.

El mercenario de la pistola, único superviviente —por el momento— del desafortunado grupo de asesinos, estaba ahora lívido e inmóvil. Posiblemente, no era muy listo, pero tampoco era tan tonto de no comprender que afuera la situación había cambiado. Fue incluso lo bastante listo para dejar caer la pistola.

Baby no le hizo el menor caso. Volvió a arrodillarse junto a Simón, le tomó el pulso en un lado del cuello, y le puso una mano en la frente, que encontró fría.

—Usted —miró al mercenario—, ayúdeme a llevarlo al coche. Con mucho cuidado.

El mercenario miró de nuevo hacia la ventana, se pasó la lengua por los labios, y se dispuso a obedecer a Galina Cherkova. Entre los dos sacaron a Simón-Nueva Andina de la casa, y lo acomodaron en el asiento de atrás.

Como si el mercenario ni siquiera existiera, Baby regresó hacia la casa. El mercenario se volvió a mirarla, y respingó al ver entonces al gigante vestido de oscuro que, a cuatro pasos de él, le apuntaba con la metralleta. Al pie de la ventana vio a su compañero, todavía con la navaja clavada en el cuerpo. El mercenario sintió un hondo y terrible escalofrío que lo estremeció fuertemente. La sola presencia de aquel desconocido ponía sensación de hielo en su sangre.

Baby regresó de la casa, portando su maletín, y llevando ya en la mano la pequeña radio.

—¿Algo especial, mi amor? —inquirió.

—No.

Ella asintió, llamó por la radio, y, a los pocos segundos, de ésta brotó una voz de hombre:

—Hola. ¿Es usted, jefe?

—No —dijo Baby—. Su jefe está herido. Busque un médico y

espéreme dentro de veinte minutos en la Plaza del Sol. Y no discuta conmigo o haré que lo lamente. ¿Me ha comprendido?

—Sí señora. Mi jefe ya me advirtió que una mujer…

—Haga lo que le he dicho —cerró la radio y miró a Uno—. Te llamaré cuando Simón esté en buenas manos.

Unos pocos segundos más tarde se alejaba del lugar, de regreso a Nueva Andina.

Número Uno se acercó más al mercenario, y, sin más explicaciones ni amenazas, le aplicó en plenos testículos un puntapié bestial que lo fulminó como muerto. Lo agarró por la ropa del cuello y lo arrastró hacia la casa.

* * *

—No es nada que deba preocuparnos —dijo el médico—… Dentro de un par de días estará en perfectas condiciones de recuperación.

—Estupendo —suspiró Persona—… Cuídelo bien y no comente con nadie que tiene un herido en casa. Y no se preocupe por ninguna clase de responsabilidad. Eso aparte, aquí tiene un poco de dinero para que lo sume a sus ahorros para la vejez.

El médico, que no debía de tener menos de sesenta y cinco años, se quedó mirando, demudado, el fajo de dólares que le tendía la desconocida. Calculó que había allí no menos de veinte mil dólares en billetes de cien. Él no tenía ahorros, y jamás en su vida había visto junta aquella cantidad. Sencillamente, se asustó.

—Mire, señorita…

—No se asuste. Somos de la CIA, y a usted le va a ir muy bien a partir de ahora si acepta seguir colaborando con nosotros en el futuro. Emilio lo eligió, dijo que era usted un buen médico y persona honrada e inteligente. Si prefiere no colaborar en el futuro, así lo aceptaremos, pero ahora, por favor, quédese este dinero y cuide de mi compañero. ¿Cuento con ello? Por favor.

El médico estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos de la desconocida. Por fin, sonrió, ni siquiera él supo por qué, y tomó el dinero.

—Vaya tranquila.

—Gracias. Vamos, Emilio.

Emilio Carlos, el colaborador de la CIA en Nueva Andina, casi

corrió hacia la puerta para abrírsela a la señorita. Ella le había recogido en la Plaza del Sol poco antes, él le había indicado por dónde tenía que conducir para llegar a la casa del médico, y ahora sin duda ella seguía precisando sus servicios…, lo que le pareció estupendo al menudo indio andino de negrísimos ojos.

De nuevo ambos en el coche, Baby inquirió:

—¿Conoces al capitán Andrade?

—¡Ya lo creo!

—¿Sabes dónde podemos encontrarlo ahora?

—Sí. Él está frente al Hospital General, casi siempre dentro de un gran camión en el cual hay hombres armados que atienden un sistema de comunicación. Una unidad móvil.

—Vamos a ir a verlo. Conduce tú.

Emilio Carlos salió del coche, rodeándolo por delante mientras Baby se cambiaba de asiento, desplazándose hacia su derecha. El indio se sentó ante el volante y arrancó. Baby llamó por la radio.

—¿Sí? —respondió en el acto Número Uno.

—¿Cómo están las cosas ahí?

—El sujeto se llama Karl Ulrichssen, y en efecto intervino en la matanza de Macapinchá, la cual fue organizada y dirigida por un «especialista» veterano de África, llamado Hans Wonberg. Al parecer, hay en alguna parte de las montañas un lugar donde permanecen los hombres de Wonberg a la espera de una nueva acción, pero Ulrichssen no sabe cuál es ese lugar, pues tanto él como sus tres compañeros fueron enviados directamente a Nueva Andina, a la espera de ser utilizados en acciones especiales. Después, llegó Wonberg con otros tres, que están en algún lugar de la ciudad, pero Ulrichssen tampoco sabe en qué lugar, aunque supone que es un apartamento. Él y Wonberg se encontraron en una cafetería llamada Huacapá, y aquí es donde Wonberg le dio instrucciones para que viniese a esta casa…

—Espera un momento. ¿Qué quieres decir? ¿Que esos cuatro mercenarios no nos siguieron a Simón y a mí, como consecuencia de tener vigilado a Simón por ser agente de la CIA?

—Así es.

—O sea, que ellos no llegaron a la casa siguiéndonos, sino que fueron directamente allá.

—Exactamente.

—Vaya por Dios —suspiró Baby—… ¿Qué tenían que hacer exactamente en la casa Ulrichssen y sus tres compañeros?

—Atrapar a las personas que se entrevistaran en ella con Estanislao Pozuelo y sus amigos y sonsacarles qué es lo que pretende exactamente Pozuelo y con qué ayuda cuenta.

—Es decir, que sumando todos los datos llegamos ni más ni menos a la conclusión de que alguien sabe lo que está intentando Pozuelo y sus amigos y los ha traicionado.

—El traidor incluso podría ser uno del propio grupo.

—Ésos ya saben qué trama Pozuelo y con qué ayuda cuenta, mi amor.

—Sí, ya. Pero a mí, en cuestión de jugadas sucias y de traiciones, ya no me sorprende nada.

—A mí tampoco —suspiró Baby—. ¿Crees que puedes sacarle algo más a Ulrichssen?

—No sabe nada más. Es sólo un mercenario de choque.

—Elimínalo. Te volveré a llamar.

La espía cerró la radio, la guardó, y miró a Emilio Carlos, que conducía como alucinado, muy abiertos los ojos. Baby se limitó a sonreír.

En el centro de Nueva Andina las luces cegaban de modo que no podía verse el estrellado cielo andino.

Capítulo IV

El capitán Teófilo Andrade medía metro sesenta, era redondeado, macizo, granítico; todo su cuerpo era como un bloque conteniendo la fuerza eterna del mundo. También su cabeza era redonda, y sus negros ojos parecían bolitas. El cabello, cortado a cepillo, sugería deportes, duros entrenamientos y austeridades militares. Daba la impresión de ser una pequeña apisonadora que nada podía detener.

Salvo él mismo, por voluntad propia. Y eso fue lo que hizo aquella noche, ya más tarde de las diez, cuando, vestido de paisano, se detuvo ante la mesa de aquel reservado en un bar al cual le había conducido su compatriota Emilio Carlos.

La mujer sentada a la mesa le miró y le sonrió.

—Celebro que Emilio Carlos le haya convencido para que acudiera a esta cita, capitán Andrade. Siéntese, por favor.

—¿Quién es usted?

—Por el momento puede llamarme Persona. ¿Puedo invitarle a champán? ¿O prefiere pisco?

—Pisco bebo siempre que quiero. Champán, no, pues no puedo permitírmelo.

—Quizá su suerte cambie a partir de ahora.

Baby sirvió champán en la copa que tenía preparada para el andino, y alzó la suya. Andrade hizo lo mismo.

—Salud —murmuró.

Ella sonrió. Bebieron. Luego, Andrade observó al trasluz el champán que quedaba en su copa, y lo terminó de otro trago. Baby sonrió, y volvió a llenarle la copa.

—Tengo un amigo en el espionaje francés —dijo la divina— que hace años me envía desde Paris todo el champán Dom Perignon que necesito. Gratis, por supuesto.

—Me gustaría tener un amigo así.

—Es comprensible. Y tal vez podamos hacer algo al respecto. En

realidad, todo depende de que usted sea o no sea una persona honrada y dispuesta a progresar en la vida y en su nueva profesión.

—¿Mi nueva profesión?

—La de espía. O jefe del todavía teórico Servicio Secreto de Perucuador.

—¿De dónde ha obtenido esa información?

—Le voy a hacer una propuesta —sonrió amablemente Persona—: puedo enviarle a una escuela de espionaje donde, en seis meses, aprendería usted tanto que cuando regresara a Perucuador no habría aquí absolutamente nadie más capacitado que usted para dirigir el Servicio Secreto…

—Ya he sido propuesto para ello.

—Lo sé. Pero lo haría muy mal. —Persona sonrió de nuevo—. Mi cursillo de capacitación le iría muy bien, créame.

—Supongamos que acepto. ¿Qué me pediría usted a cambio?

—Que me acompañara a visitar a los supervivientes de Macapinchá.

—¿Con qué objeto?

—Intentar conseguir alguna pista de las que no aparecen en el vídeo que Los Indios Libertadores le enviaron al presidente Salvatierra.

—¡¿Ha visto usted ese vídeo?! —Respingó Andrade.

—Evidentemente. —Persona puso sobre la mesita el maletín, lo abrió, y del doble fondo sacó unas fotografías que tendió al cada vez más asombrado militar—… Estas fotografías han sido tomadas de la cinta de vídeo. Corresponden a algunos miembros del comando asesino que en determinado momento estuvieron dando frente a las cámaras de televisión mientras se rodaban las escenas. De ese comando asesino ya han muerto cuatro hombres, dos de los cuales son éstos —señaló las fotografías de dos y dejó la punta del dedo sobre una—… Éste se llamaba Karl Ulrichssen. Por los otros tres que hemos eliminado ni siquiera me he interesado. Este otro hombre —señaló otra foto—, que como puede ver lleva inscrita en el casco las palabras Jefe Unidad, responde posiblemente al nombre de Hans Wonberg, y en estos momentos se halla en Nueva Andina acompañado de otros tres asesinos. Para intentar localizarlo dispongo del nombre de una cafetería en la que tuvo una reunión con Ulrichssen. Quizá vuelva por allí. En cualquier caso, lo que sí

podemos temer es que esté tramando algún plan para asesinar a esos tres supervivientes. Espero que los tenga usted bien protegidos.

Los ojos de Andrade casi se salían del redondo rostro. De un trago, se terminó la segunda copa de champán.

—¿Qué haría usted con esos comandos asesinos si los encontrara? —jadeó.

Persona se llevó el dedo índice a la garganta, y efectuó con la punta el inconfundible gesto del degüello. Andrade parecía al borde del colapso.

—¿Es usted yanqui? —Casi gritó ahora.

—Sí.

—Por todos los santos de América… ¡¿Es usted la agente Baby?!

—Sí.

—¡Tenía que haber empezado por decirme eso! ¡Pídame lo que quiera, y yo lo haré! ¡Lo que quiera!

—Ya se lo he pedido: ver a esos supervivientes.

* * *

Efectivamente, eran una mujer y dos niños.

La mujer tenía unos cincuenta años, la piel arrugada y cetrina, y sus negras trenzas parecían de terciopelo. Sus ojos, todavía más negros, estaban fijos en la hermosa visitante que la había despertado hacía unos minutos, y que ahora, sentada en una silla junto a su cama, esperaba. Junto a ella, el capitán Andrade, de pie, parecía hacer esfuerzos tremendos por aumentar de estatura.

—Sí, ellos dijeron que iban a hacer una película, y que nosotros apareceríamos en ella y nos darían dinero. Habían llegado por la tarde, y lo estuvieron preparando todo hasta el anochecer. Entonces, dijeron que ya íbamos a hacer la película, y que todos teníamos que salir de las casas.

—Y fue entonces cuando aparecieron los «soldados».

—Sí.

—Pero hasta entonces nadie los había visto.

—Nadie.

—O sea, que los que prepararon los focos y las cámaras no eran «soldados». Eran otros hombres.

—Sí, eran otros.

—Pero… ¿eran como los «soldados», o sea, muy altos, rubios y hablando idiomas extranjeros?

—Sí.

—¿Está segura de esto?

—Sí, sí.

—¿No había nadie allí que hablase español? ¿No había nadie que fuese como ustedes, un andino?

—No —dijo por fin la india andina—… No recuerdo nada de lo que usted dice. Sólo vi hombres que primero sonreían y ponían aquellos aparatos, y que luego llegaron otros que mataban. Me escondí cuando llegaron los soldados.

—¿Y los niños? —murmuró Persona.

—No sé. Ellos, no sé.

Era lo que Baby había temido. Le dio un cariñoso cachetito a la mujer, y se puso en pie. A poco pasos de ella había un amplio biombo de hospital, que dividía la enorme habitación en dos partes. En la otra estaban los dos niños, durmiendo.

Dentro de la habitación había dos de los hombres de Andrade, bien armados y muy atentos. Afuera, en el pasillo, había cuatro. En los reducidos jardines del hospital había seis. Rodeando el hospital había trece hombres más, que además de armas disponían de dos *jeeps* con los que circulaban continuamente alrededor del Hospital General Nacional.

El total era de cuatro turnos de seis horas con veinticinco hombres cada turno, y el resto de las fuerzas de Andrade, hasta ciento cincuenta hombres, permanecían en retén, preparados para intervenir en cualquier momento.

Andrade hizo un gesto hacia donde dormían los niños.

—¿Los despierto también? —ofreció.

—No, ya no hace falta.

—¿Cómo que no? —se desconcertó Teófilo—. Mientras veníamos hacia aquí usted misma ha dicho que los niños se fijan en todo y que quizá ellos…

—No vale la pena molestarlos. Ya me he convencido de que los dejaron vivos a propósito.

—¿Qué quiere decir?

—Ellos saben que todo lo que podemos saber del comando asesino es ni más ni menos que lo que aparece en el vídeo. Pero eso

no les preocupa, pues casi todos los hombres son inidentificables, y los que son identificables no podrán decir nada que realmente comprometa a Los Indios Libertadores, en el supuesto de que capturemos alguno. Posiblemente, ni siquiera el mismo Hans Wonberg, que dirigía el comando, podría darnos pistas utilizables.

—Pero… No comprendo que dejaran supervivientes a propósito… ¿Por qué lo harían?

—Para tener ocupada a la única persona en Perucuador capaz de buscar alguna pista, investigar, y, en general, pensar un poco y ocuparse de asuntos verdaderamente importantes.

—¿Qué persona? —Palideció Andrade—. ¿Yo?

—Sí.

—Es decir, que mientras yo estoy perdiendo el tiempo aquí con la esperanza de que ataquen el hospital para cazar a alguno y conseguir alguna pista…, ellos están haciendo o tramando hacer algo en otra parte.

—Eso creo.

—La madre que los parió… ¡Ahora mismo voy a retirar mis hombres y a…!

—Nada de eso. Usted va a seguir aquí como hasta ahora, y si alguien, sea quien sea, le pregunta si ha conseguido alguna pista especial por medio de los supervivientes, diga que sí, pero que por el momento no puede revelarla.

—Pero eso es mentira.

—Capitán Andrade: TODO es mentira en el espionaje.

—Sí, ya, pero en este caso es una mentira que ni siquiera nos resultará de utilidad, me parece a mí. Lo que quiero decir…

En ese momento, en el pecho de Persona sonó el leve zumbido de la pequeña radio.

—No se caliente la cabeza —dijo Baby, sacando la radio del escote—… ¿Sí?

—Estoy en la cafetería Huacapá, y no te vas a creer a quién estoy viendo.

—¿A Hans Wonberg?

—No.

—Pues no se me ocurre nadie más.

—Es uno de tus cuatro amigos del chalé, uno de los del grupo de Pozuelo: Críspulo Martos.

—Voy para ahí.

Cerró la radio, y quedó pensativa, un tanto sombría.

—¿Qué pasa? —inquirió Andrade.

—Venga conmigo —sonrió secamente la espía más implacable del mundo—: va a tomar usted su primera lección de espionaje.

* * *

Críspulo Martos se quedó atónito cuando vio aparecer a Persona en la elegante cafetería Huacapá, situada en la Avenida de la Libertad, es decir, el centro comercial, financiero y social de Nueva Andina y por tanto de todo Perucuador. Hizo intención de ponerse en pie, pero ella se lo impidió con un gesto, mientras llegaba rápidamente a su mesa y se sentaba frente a él.

—Qué casualidad —dijo Martos—… ¡No esperaba volver a verla en el día de hoy!

—La casualidad no tiene nada que ver con este encuentro —dijo Baby—. ¿Qué hace usted aquí, señor Martos?

—Estoy esperando a Senén…, bueno, a Ologaray, ya sabe.

—Claro. ¿Por qué lo está esperando aquí? ¿Acaso no se dijeron ya todo cuanto tenían que decirse mientras me esperaban en el chalé, o mientras regresaban a la ciudad?

—Es extraño, ¿verdad? —Parpadeó desconcertado Críspulo Martos—. Efectivamente, mientras la esperábamos a usted conversamos largamente, aunque no a la vuelta, pues yo regresé en el coche de Estanislao, mientras que Senén lo hizo en el suyo llevando a Luciano.

—¿Por qué no utilizaron un solo coche para los cuatro?

—Nos pareció demasiado aparatoso. Si alguien nos veía juntos a los cuatro era un poco sorprendente. Preferimos dos coches… No comprendo lo que está pasando.

—¿A qué se refiere?

Martos miró su reloj, impaciente y preocupado.

—Hace más de quince minutos que Senén tendría que haber llegado —murmuró.

—¿Él lo citó a usted aquí?

—Sí… ¿Por qué ha dicho que usted no está aquí casualmente? ¿Qué es lo que ocurre?

—En el grupo de ustedes hay un traidor. La certidumbre de que eso es cierto, y la presencia de usted aquí, me lleva a dos conclusiones. Una, que quizá Senén Ologaray ha descubierto algo al respecto y desea comentarlo con usted. Dos, que el traidor es él y a usted le ha tendido una trampa.

—Dios mío, claro que no —jadeó Martos—… ¡Claro que no! ¡Senén nunca podría ser un traidor!

—¿Por qué no?

—Porque no… No tendría sentido. Tanto él como Estanislao, Luciano y yo somos la base de la independencia de Perucuador, los que más trabajamos sufridamente y en silencio para conseguirla, los que apoyamos a Juan Lorenzo Salvatierra… ¡Pero si nos jugamos la vida un montón de veces para conseguir que Perucuador fuese un país independiente y en paz, nuestra pequeña patria libre de las codicias y rencillas entre Ecuador y Perú…!

—Si tan seguro está de eso tendremos que pensar en la otra posibilidad, es decir, que Ologaray haya descubierto algo y quiera comunicárselo. ¿Cómo se puso en contacto con usted?

—Por teléfono… Estaba muy nervioso. Lo cual es extraño en él, se lo aseguro. Le pregunté con insistencia qué ocurría, pero me pidió que viniera a esperarle aquí y colgó.

—Llámelo a su casa desde aquí —murmuró Baby—, y dígale que le está esperando hace rato… No mencione mi presencia.

Críspulo Martos se puso en pie, y fue hacia el fondo del local, donde había un teléfono. Tras conversar con uno de los camareros, Martos procedió a hacer la llamada. La repitió casi un minuto más tarde, evidentemente sin conseguir la comunicación. Regresó a la mesa donde Baby le esperaba.

—No contesta —murmuró—… Debe de estar a punto de llegar aquí.

—Seguramente. Mientras usted sigue esperándolo yo voy un momento al tocador.

—De acuerdo.

La espía entraba pocos segundos más tarde en el tocador de señoras, en uno de cuyos compartimentos se encerró. Recurrió a la radio de bolsillo. Número Uno respondió en el acto.

—Te iba a llamar ahora mismo —dijo—. Acaba de llegar un coche con cuatro hombres. Uno de ellos es Wonberg, es decir, el

Jefe Unidad que aparece en el vídeo.
—¿Estás seguro? ¿Puedes identificarlo plenamente?
—Sí. ¿Qué hace ahí Críspulo Martos?
Baby comenzó a explicarlo rápidamente, pero Uno no la dejó terminar, interrumpiéndola:
—Dos de los hombres acaban de salir del coche y se dirigen hacia la cafetería… Pero no tienen intención de entrar. Se han detenido en la acera…, encienden cigarrillos, charlan… Están esperando a que salga Martos. Lo quieren matar.
Ni por un instante dudó Baby de la aseveración de Número Uno. Si él decía que aquellos dos hombres se disponían a matar, tenía que ser así, y no había más que hablar.
—Mi amor, no los pierdas de vista —susurró—. Y si algo ocurre, busca a Senén Ologaray y pídele explicaciones respecto a sus motivos para citar aquí a Martos. Yo voy a buscar a éste para sacarlo de aquí por otra salida.
—Eso me gusta —asintió Uno—. La prudencia nunca está de más.
—Sabía que estarías de acuerdo.
—Es gracioso ese hombrecillo.
—¿Qué hombrecillo?
—El que te ha traído, ese capitán Andrade.
—¿Por qué te parece gracioso?
—Porque está dentro del coche con la mirada fija en la puerta de la cafetería y no se entera de nada más. Parece hipnotizado…, o un mal espía de película barata. Ni me ha visto a mí, lo cual es disculpable, ni ha visto a los cuatro que han llegado en el coche, lo que tiene menos disculpa, ni se está interesando por los dos sujetos que esperan a Martos, lo que no tiene ninguna clase de disculpa.
—Está aprendiendo. Le he ofrecido un cursillo gratis en nuestra organización.
—Pues que se apresure a acudir a clase.
Sonriendo, Baby cortó la comunicación, guardó la pequeña radio, y regresó a la sala de la cafetería. Se sorprendió al no ver a Martos en la mesa que ambos habían ocupado. Al mirar alrededor en su busca, lo vio cerca de la puerta de salida. Una descarga de frío recorrió la espalda de la espía internacional.
—¡Señor Martos! —llamó—. ¡Vuelva aquí!

Críspulo Martos volvió la cabeza, titubeó, y acto seguido, rápidamente, alcanzó la puerta de la calle y la abrió. Baby echó a correr tras él, prescindiendo de las pocas personas que había en la cafetería a aquella hora de la noche.

Cuando salió, al mismo tiempo que veía a Martos alejándose y empuñaba la pistola hasta entonces sujeta al muslo, vio a los dos hombres mencionados por Número Uno, que apuntaban sus armas hacia el andino.

—¡Martos! —gritó—. ¡Tírese al suelo…!

Críspulo Martos volvió la cabeza. Brigitte vio sus ojos muy abiertos. Más allá, distinguió los fogonazos de los disparos efectuados por los dos asesinos con pistolas provistas de silenciador.

Oyó el alarido de Martos, y lo vio girar espectacularmente sobre sí mismo mientras se precipitaba hacia el suelo, dejando salpicaduras de sangre que pareció negra a la luz de las farolas del alumbrado…

En el mismo instante en que orientaba su arma hacia los dos asesinos, Baby se daba perfecta cuenta de que éstos se desentendían de Martos y la apuntaban a ella.

Plof, disparó con la pequeña pistola.

A casi treinta metros, la bala se hundió en la frente del asesino que estaba un poco más adelantado, y el hombre efectuó un extraño paso hacia atrás y cayó sentado al duro suelo. Simultáneamente, Baby se dejaba caer de rodillas, de modo que la bala que la habría alcanzado sin duda alguna en el centro del pecho pasó por encima de su cabeza dejando un seco crujido siniestro.

Plof, disparó de nuevo la espía.

Más allá, el mercenario que continuaba en pie lanzó un bramido más de rabia que de dolor al recibir el impacto de la pequeña bala en el hombro derecho, lo que le impidió disparar de nuevo contra Brigitte…

—¡Aguante! —tronó la voz de Teófilo Andrade—. ¡Aguante, que ya llego!

El mercenario volvió la cabeza hacia Andrade, lanzó una sonora maldición, y echó a correr hacia el coche dentro del cual le aguardaban un compañero y Hans Wonberg.

—¡Deténgase! —gritó Andrade.

Por supuesto, el sujeto no le hizo el menor caso. Entonces,

Andrade extendió el brazo y disparó. Su disparo retumbó sonoramente en la Avenida de la Libertad, alterando la calma de la noche. El mercenario gritó, dio una vuelta sobre sí mismo en espectacular voltereta, y cayó como un guiñapo sobre el asfalto.

El coche de Wonberg se puso en marcha. Andrade lo miró, y quedó inmóvil, desconcertado.

Desde la ventanilla delantera derecha del coche dispararon contra él, y Andrade se estremeció, apoyó una rodilla en tierra, y apuntó ahora hacia el coche que huía.

¡Pack, pack, pack…! Disparó hasta convencerse de que era inútil.

Cuando buscó con la mirada a la agente Baby, ésta se hallaba ya arrodillada junto al yacente cuerpo de Críspulo Martos, que examinó brevemente.

—¡Andrade! —llamó—. ¡Venga aquí con el coche, pronto!

Teófilo se incorporó, fue por el coche, y lo acercó lo máximo al lugar donde se hallaba Baby.

Corrió junto a ella.

—¿Está muerto? —jadeó.

—No. Ayúdeme a… ¡Está usted herido!

—No es nada. ¿Qué hacemos con él?

—Vamos a llevarlo al Hospital General… ¡Deprisa!

En la calle había ahora gente, que había salido de los diversos locales elegantes que permanecían abiertos hasta más tarde de la medianoche. Pero nadie parecía tener intención de intervenir. Algunas personas se habían acercado al hombre que yacía muerto en la acera con un balazo en la frente, y otras corrían hacia el que estaba de bruces sobre el asfalto con un balazo en la nuca.

Brigitte y Andrade colocaron a Martos en el asiento de atrás, y la espía se acomodó como pudo junto al herido. Andrade señaló hacia uno de los mercenarios muertos.

—Iré a echar un vist…

—¡Deje eso ahora! ¡No valen la pena en ningún sentido! ¡Vamos al Hospital!

Andrade se sentó ante el volante y arrancó. Los neumáticos chirriaron fuertemente, pese a lo cual la espía oyó algunas palabras pronunciadas por el herido Martos.

Se inclinó más sobre él. Los ojos del perucuatoriano la

contemplaron con asustada expresión.

—Voy a morir —jadeó—… Voy a morir…

—Claro que no. Señor Martos: ¿por qué quiso escapar de mí?

—Sólo… sólo quería… avisar a… a Senén…

—¿Avisarlo? ¿De qué?

—Yo… no quiero… no quiero que usted lo perjudique, él… él no puede… ser un traidor… No…

Críspulo Martos calló de pronto, y eso fue todo. Andrade volvió un instante la cabeza.

—¿Ha muerto?

—Sí —murmuró Baby.

—¿Qué estaba diciendo?

La espía internacional tardó casi medio minuto en responder. Cuando lo hizo, no dijo lo que Martos había hablado antes de morir, no dijo sus palabras, sino lo que había querido decir:

—Ha dicho —murmuró— que de ninguna manera podía creer que su amigo fuese un traidor, pero que aunque lo fuese él quería ayudarle… incluso contra mí. Ha dicho que para él la amistad y la lealtad no tenían alternativas.

Andrade se desconcertó.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Quiere decir que hay pocos amigos como Críspulo Martos… ¿Sabe usted dónde vive Senén Ologaray?

—Claro.

—Pues vamos hacia allí.

—Pero… si Martos está muerto deberíamos llevarlo a…

—Él ya no tiene prisa por llegar a ninguna parte, Teófilo. Vamos a casa de Ologaray.

Capítulo V

Teófilo Andrade detuvo el coche cerca de la casa donde vivía Senén Ologaray, en la Avenida Victoria, fuera ya de Nueva Andina, en un pequeño grupo de casas de ciertas pretensiones. Frente a algunas de ellas se veían estacionados varios automóviles.

En algunas casas todavía se veía luz, aunque solamente fuese en una ventana de la planta baja o en una de las del piso superior. Cuando Andrade señaló la de Ologaray, Baby comprobó que había luz en una de las ventanas de la planta alta.

La quietud era total en la reducida zona que podía considerarse residencial.

—¿Con quién vive Ologaray? —inquirió la espía.

—Con su madre y con una criada india.

—O sea, que no está casado.

—Es un hombre aficionado a los placeres de la vida, pero opina que las mujeres no forman parte de ellos más que ocasionalmente. Eso aparte, siempre dice en broma que a él no le soporta más que su madre. Es uno de esos solterones que no gustan de complicarse la vida.

Baby asintió, y se apeó, en lo que Andrade se apresuró a imitarla. Caminaron hacia la casa en silencio. Ni siquiera estaba encendida la luz del porche, como ocurría con prácticamente todas las casas que se divisaban desde allí.

Andrade alzó la mano hacia el lado del marco de la puerta donde se hallaba el timbre de llamada.

—Puesto que está despierto…

—Espere. No llame.

El perucuatoriano se volvió a mirar a su colega yanqui, que miraba a derecha e izquierda de la casa. Encontró lo que buscaba, es decir, un sitio por donde escalar la pared, y entonces murmuró:

—Quédese aquí y no haga NADA. Pero vigile.

—De acuerdo.

Sin grandes problemas, Brigitte escaló la pared agarrándose a la planta trepadora y apuntalando los pies en las separaciones entre las piedras de la fachada. Sus manos alcanzaron una terraza, y un instante después, tras breve balanceo, se hallaba en la barandilla de protección. Puso los pies en la terraza, y empujó la doble puerta de aquella habitación, que estaba a oscuras.

La cruzó, sorteando los muebles cuyos contornos veía gracias a la luz del exterior, y salió al pasillo, iluminado por un aplique en la pared de la izquierda. Había tres puertas a cada lado del pasillo, dos correspondientes a dormitorios y una al cuarto de baño. Por debajo de la puerta de uno de los dormitorios se filtraba luz, y la espía dedujo que era la que también se veía en la ventana desde la calle.

Baby empuñó la pistola con la mano derecha, y empujó la puerta con la izquierda.

Casi enseguida, apenas la puerta se hubo abierto un palmo, vio la cama, y, sobre ésta, el cuerpo de una mujer obesa y de espesa cabellera grisácea. Acto seguido vio a otra mujer, ésta más delgada y de negros cabellos repartidos en dos gruesas trenzas, caída de bruces junto a la cama.

Brigitte se acercó.

La mujer de la cama tenía puesta una blanca camisa de dormir, y todo el pecho se veía manchado por la sangre que había brotado de los tres impactos de bala, dos de los cuales por lo menos le habían acertado el corazón. Los ojos de la mujer estaban desorbitados, y su rostro se crispaba en una mueca de intenso dolor, de miedo, de sufrimiento.

La mujer que yacía en el suelo estaba vestida, y era algo más joven que la de la cama. Brigitte le dio cuidadosamente la vuelta, y respingó inconteniblemente cuando vio en su garganta el tremendo tajo que la había degollado.

Fue una visión terrible, que provocó en la espía internacional como una marea de náuseas que casi la hizo vomitar. Consiguió controlarse, no sin esfuerzo, y retrocedió un par de pasos, desviando la mirada.

Cerró los ojos y aspiró hondo. Estuvo inmóvil, con los ojos cerrados, quizá medio minuto.

Por fin, ya más tranquila, los abrió, y miró a su alrededor. Se

hallaba, simplemente, en un dormitorio, habitualmente ocupado, según todos los indicios, por la mujer que yacía en la cama, y que sin duda era la madre de Senén Ologaray. La otra mujer, la india de las gruesas trenzas, debía de ser la criada.

Ni siquiera valía la pena buscar nada allí.

Salió del dormitorio y descendió a la planta baja. Cruzó el recibidor, de dimensiones bastante amplias, y se detuvo ante la blanca puerta. A la derecha encontró, tanteando, el interruptor de la luz. La encendió.

Enseguida vio el paquete de explosivo sujeto a la puerta por varias tiras de cinta adhesiva. El paquete estaba conectado al timbre de la puerta, de modo que al pulsarlo habría ocasionado la explosión de la tremenda carga.

Si Andrade hubiera llamado, en aquellos momentos los dos estarían hechos pedazos esparcidos frente a la casa.

Tras breve examen de la conexión entre el paquete y el hilo eléctrico del timbre, Brigitte lo desconectó. Luego, llamó, alzando la voz:

—¡Andrade!

—¡Sí, estoy aquí! —contestó él enseguida.

—Voy a abrir.

Abrió la puerta. Andrade entró, desconcertado y curioso. Baby le señaló el paquete de explosivos y su conexión al timbre, ya desactivada. Andrade palideció.

—¿Y Ologaray? —inquirió.

Brigitte no contestó. Fue a la puerta de la derecha, la abrió, y la empujó despacio, por si notaba alguna resistencia. No fue así. Localizó el interruptor de la luz y la encendió.

Senén Ologaray estaba allí, sentado en uno de los sillones de la salita de su relativamente confortable domicilio. Teófilo Andrade lanzó una exclamación, pero Baby ni siquiera lo miró. Toda su atención estaba concentrada en el cadáver de Senén Ologaray, el hombre obeso con cara de niño bueno y panza enorme de buen vividor.

Llevaba puesto un batín azul celeste y pantuflas. Por lo menos le habían disparado seis veces, prácticamente todas ellas con puntería e intenciones mortales. La mayoría de los balazos le habían acertado en el pecho, pero uno de ellos había perforado su

garganta, por donde había brotado un chorrito de sangre que desaparecía hacia el pecho por debajo del ensangrentado batín.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Andrade pudiese suspirar fuertemente y acto seguido murmurar:

—Dios bendito…

Brigitte miró el teléfono, colocado sobre una mesita ubicada junto al sillón donde Ologaray echaba su último sueño. Señaló el aparato.

—Llame a Pozuelo —susurró—… Dígale que salga inmediatamente de su casa, que llame a Luciano Sánchez desde cualquier sitio, y que me esperen los dos en la unidad móvil donde tiene usted instalado su puesto de mando frente al Hospital General. Que no se muevan de allí por nada del mundo.

Andrade asintió, y Brigitte estuvo en tensión hasta que comprobó que al otro lado del hilo Pozuelo contestaba a la llamada. Mientras oía a Andrade, examinó más de cerca el desencajado rostro de Senén Ologaray, en el que le pareció distinguir los surcos de un copioso llanto.

—Ya está —oyó a Andrade.

Lo miró.

—Vámonos —dijo.

—Pero… Bueno, pero… ¿y la madre de Ologaray y la…?

—Están muertas arriba.

—Dios.

—Esto es cosa de Hans Wonberg y los tres hombres que le acompañaban. Antes de ir a la Avenida de la Libertad a matar a Martos, vinieron aquí. Entraron en la casa engañando a Ologaray, le amenazaron con matar a su madre si no llamaba a Críspulo Martos citándolo en la cafetería Huacapá, y después que les obedeció subieron a matar a su madre, y finalmente, lo mataron a él. Luego, fueron a matar a Martos.

—¿Cómo… cómo puede usted saber… que las cosas ocurrieron de ese modo? —tartamudeó Andrade.

—Hace muchos años que me estoy enfrentando a la maldad.

—Ya. Sí… Por Dios, esto es espeluznante. ¡Lo que no comprendo es que solamente le obligaran a citar a Martos en la cafetería! Pudieron obligarle a citar también a Pozuelo y a Luciano Sánchez, ¿no le parece?

Brigitte asintió, mientras en sus ojos aparecía una fría luz que impresionó profundamente a Andrade.

—Se están divirtiendo —susurró.

—¿Qué?

—Que se están divirtiendo. No solamente tienen determinados planes ambiciosos y más o menos peligrosos y por supuesto criminales, sino que además se están divirtiendo.

—Pero eso… es increíble… ¡Es absurdo! ¡No lo comprendo!

—Se lo puedo explicar en pocos segundos: la persona o personas que están dirigiendo todo esto tienen una mente retorcida y criminal a más no poder. Ya empezaron a demostrarlo con la filmación de la matanza de Macapinchá, y luego, mientras van cubriendo sus objetivos, están disfrutando de su impunidad y con las salvajadas que ordenan. Dicho de otro modo: no sólo pretenden algo, sino que se están refocilando con los asesinatos y atentados… Seguramente, les habría hecho muchísima gracia si nosotros hubiéramos pulsado el timbre de la puerta.

—¡Esos malditos mercenarios…!

—Esto no es cosa de los mercenarios, Teófilo. Quiero decir que ellos son, por supuesto, la mano ejecutora, pero no los… inventores del programa de televisión, ni de lo demás. Simplemente, ellos obedecen las órdenes que van recibiendo.

—Entonces, ya sé —dijo rabiosamente Andrade.

—¿Sí? ¿Qué sabe?

—Todo esto tiene que ser cosa de Perú o de Ecuador…, o de los dos juntos, que quieren vengarse por nuestra independencia.

Durante unos segundos, Brigitte estuvo contemplando inexpresivamente a Andrade. Por fin, movió la cabeza y dijo:

—Vaya al coche y traiga aquí el cadáver de Martos… ¿Podrá hacerlo solo?

—Desde luego.

—Bien. Lo dejaremos junto al de su amigo, de momento. Nosotros tenemos que ir a su unidad móvil a reunimos con Pozuelo y Sánchez.

* * *

Luciano Sánchez y Estanislao Pozuelo se habían recuperado ya de la

primera impresión, y escuchaban aceptablemente serenos, pero abatidos, las últimas explicaciones de la agente Baby. Eran casi las dos de la madrugada. Dentro del furgón militar habilitado como unidad móvil de control y comunicaciones, solamente se hallaban Brigitte, Pozuelo, Sánchez y Andrade, pues por orden de este último los tres soldados especialistas en comunicaciones habían abandonado el furgón.

Un par de luces atenuadas iluminaban la escena.

Cuando Baby terminó el relato de lo ocurrido últimamente sobrevino un largo silencio. Por fin, Pozuelo movió negativamente la cabeza.

—Yo no creo que eso sea cosa de Perú o de Ecuador.

—Yo tampoco —dijo en el acto la espía.

—¿Por qué no? —Gruñó Andrade.

—Porque no tiene sentido. Ambos países llegaron al acuerdo de desprenderse cada uno de su parte de territorio en litigio para evitarse complicaciones. Y no sólo entre ellos, si hubiera llegado a estallar una guerra, sino en la enemistad que uno u otro o ambos se habrían ganado: nada menos que la de los Estados Unidos. En cambio, cediendo buenamente unas montañas y unas altiplanicies evitaban una guerra, miseria, muertes…, y conseguían la simpatía de los Estados Unidos…, que sin duda, y aunque sea secretamente, habrán… compensado de algún modo el sensato comportamiento de los dos países. No, yo no creo que esto tenga nada que ver con Ecuador y Perú.

—¿Entonces…? —Miró Andrade a Pozuelo.

—No sé —masculló éste—. Puedo hacer algunas deducciones razonables, Andrade, pero no soy adivino.

Los tres hombres miraron a Baby, que alzó las cejas y forzó una sonrisa.

—Yo tampoco soy adivina —aseguró—…, aunque a veces sí tengo algo de bruja, o, mejor dicho, de pitonisa. Veamos: ¿a alguno de ustedes se le ocurre quién o quiénes pueden estar tramando esto y qué es lo que realmente pretenden?

Por toda respuesta, el silencio.

Brigitte asintió, y encendió un cigarrillo. Miró la hora en su relojito de pulsera. Titubeó.

—No quisiera meter la pata —dijo de pronto Pozuelo.

Los tres le miraron vivamente, y observaron su turbación, su inquietud.

—¿A qué se refiere? —se interesó Brigitte.

—Bueno, después de la matanza de Macapinchá, nosotros nos enteramos de lo que ocurría gracias a nuestras vinculaciones con el Gobierno, claro está. Por ese mismo conducto, conseguimos la cinta de vídeo que le habían enviado al presidente junto con la orden de que determinado día se debería proceder a un desfile de la totalidad de las fuerzas armadas por la Avenida de la Libertad y entregar los primeros cinco millones de dólares…

—Espere un momento. ¿Cómo deben entregarse los cinco millones de dólares?

—Deben estar preparados, en una bolsa de lona impermeabilizada, el día del desfile. El presidente Salvatierra debe tener la bolsa con él, en el palco que compartirá con todas las autoridades militares y civiles de Perucuador. Alguien le pedirá la bolsa, ya sea directamente o utilizando algún intermediario.

—¿Qué significa exactamente «alguien»?

—No lo sé. Aunque se me ha ocurrido que podrían utilizar a alguno de los propios amigos del presidente, al que previamente tendrían sometido manteniendo como rehenes a su familia, o algo parecido.

—No sé si te he entendido —murmuró Luciano Sánchez.

—Supongamos que utilizasen a Rebollo, que tiene esposa y tres hijos. Mientras Rebollo está presenciando el desfile que tiene que realizarse con toda formalidad y solemnidad, alguien tiene secuestrada a su mujer y a sus tres hijos, y a él le advierten que para volver a verlos con vida tiene que hacerse cargo de la bolsa con el dinero, abandonar el palco presidencial discretamente, y llevar el dinero a determinado lugar. Es un buen momento, pues nadie se fijará en él, todo el mundo estará pendiente del desfile.

—Claro… Sí, sería una solución muy astuta por parte de esa gente.

—Sin duda —opinó también Baby—. Pero en definitiva lo que menos debe preocuparnos son esos cinco millones de dólares. Siga usted, señor Pozuelo.

—Bueno, las órdenes de Los Indios Libertadores fueron aceptadas, por temor, pero nosotros cuatro decidimos afrontar la

situación sin sometimientos. Tampoco queríamos decirle al presidente Salvatierra que sin su permiso estábamos dispuestos a recurrir al gobierno de los Estados Unidos por medio del agente de la CIA que conocíamos. Con quien hablamos fue con Salgado.

Baby parpadeó lentamente.

Por fin, murmuró:

—¿Se refiere a Leocadio Salgado, el vicepresidente de Perucuador?

—Sí. Precisamente Luciano y yo fuimos los encargados de ir a explicarle nuestras intenciones. Se negó a colaborar, y no sólo nos prohibió que hiciéramos nada, sino que incluso nos amenazó si lo hacíamos. Nos dijo que nosotros no éramos nadie para tomar decisiones y mucho menos iniciativas tan peligrosas como la que proponíamos, y que nos limitáramos a nuestra labor… de oficinistas.

—¿Oficinistas?

—Bueno, evidentemente para él sólo somos… auxiliares insignificantes. Tiene razón, pero… tampoco era necesario humillarnos tanto… ¿Te acuerdas que lo comentamos, Luciano?

El indio andino asintió, con gesto enfadado.

—Lo recuerdo perfectamente —gruñó.

De nuevo unos segundos de silencio.

Por fin, Brigitte miró a Andrade.

—¿Qué opina usted, Teófilo?

—No sé. Me estaba preguntando qué podría pretender Salgado con todo esto. No tiene sentido. Además, todo esto de ordenar el asesinato de Críspulo, de Senén…, no me parece propio de él.

—Si Persona no nos hubiera avisado —farfulló Sánchez—, quizás Estanislao y yo también estaríamos muertos ahora, porque Salgado…

—No —dijo de pronto Baby—. El vicepresidente Salgado no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo puede estar segura? —saltó Pozuelo.

—Por los cuatro hombres de los que les he hablado, los que llegaron al chalé después que ustedes cuatro se fueron. Ellos querían saber qué estábamos tramando, y Salgado, evidentemente, ya lo sabía, por medio de ustedes mismos. Por tanto, no pudo enviarlos Salgado.

—Quizá lo hizo para despistar —masculló Pozuelo—. Quienes sean que actúen contra nosotros bien tienen que justificar que conocen nuestros planes. Y él quiso dar la impresión de que nuestros enemigos se habrían enterado por medio de usted. Pero hay una cosa que Salgado no ha tenido en cuenta: ¿por qué aquellos cuatro hombres, es decir, quien sea que los dirige, iban a interesarse por nosotros, que, como el mismo Salgado dijo, no somos «nadie» en Perucuador? Si unos tipos como aquellos se interesaron por cuatro personajes insignificantes como nosotros tuvo que ser porque alguien nos señaló…, y solamente Salgado pudo hacerlo, pues a nadie más que a él le comunicamos nuestras intenciones.

—También podría ser eso —admitió Baby—…, aunque me parece demasiado elaborado, demasiado complicado. Sin embargo, las cosas que ocurren en el espionaje casi siempre son, precisamente, complicadas y elaboradas. En cualquier caso, hay algo que tenemos bien claro: hasta que las cosas se arreglen, ustedes dos no deben volver a sus casas. Ni dejarse ver en parte alguna, de modo que permanecerán aquí, bajo la custodia directa del capitán Andrade.

—Pero… tenemos que presentarnos por la mañana en nuestro puesto de trabajo —recordó Sánchez.

—Ésa es otra cuestión que se arreglará a su debido tiempo. Por el momento se quedarán aquí, y, por favor, no discutan conmigo.

—¿Qué va a hacer usted? —se interesó Pozuelo.

—Tengo que reflexionar —frunció el ceño Persona—…, y estoy demasiado cansada para ello, de modo que iré a mi hotel a dormir unas cuantas horas.

—¿En qué hotel está? —Inquirió Andrade—. Lo digo porque si tuviera que ponerme en contacto con usted…

—No se preocupe por eso —se puso en pie Brigitte—. Si algo ocurre por aquí yo lo sabré enseguida y haré lo que me parezca más adecuado a la situación. Buenas noches.

—Si puedo llevarla en mi coche…

—No, gracias.

Baby recogió su maletín, y cuando Andrade abrió la sólida puerta de atrás del furgón saltó ágilmente al suelo. Se alejó por la solitaria avenida. Un fresco aliento llegaba de las lejanas montañas nevadas.

El automóvil apareció por detrás de Baby en cuanto ésta se halló fuera del radio visual del furgón. Ella se detuvo, y lo esperó. Cuando el coche se detuvo a su lado, abrió la portezuela delantera derecha y se metió dentro, acomodándose en el asiento contiguo al del conductor, que no era otro que Emilio Carlos.

—¿Alguna novedad? —inquirió Brigitte.

—No señora. Todo sigue el curso previsto por usted.

—De acuerdo. Llévame a mi hotel, pues tengo que descansar unas horas. Luego, vuelves a vigilar el furgón, y cualquier pequeña cosa que te parezca sospechosa o peligrosa para sus ocupantes, me lo comunicas inmediatamente por teléfono al hotel… Aunque supongo que no has perdido la radio que te entregué.

El andino sonrió, mostrando la radio de bolsillo que inicialmente había estado utilizando Simón-Nueva Andina. Brigitte asintió, y se relajó un poco. Realmente, se sentía cansada.

Veinte minutos más tarde, tras depositar sobre la mesita de noche la radio de bolsillo colocada en el canal exclusivo entre ella y Número Uno, la señorita Montfort se introducía en el confortable lecho de su *suite* en el Hotel Banderas. Dirigió una última mirada a la radio, pero decidió no seguir preocupándose.

Simplemente, si él no la llamaba era porque no tenía nada que decirle todavía.

No quiso ni pensar en que cualquier día Número Uno no la llamaría simplemente porque no podría.

Capítulo VI

Bip, bip, bip, emitió sus leves zumbidos de llamada la radio colocada sobre la mesita de noche. La señorita Montfort despertó inmediatamente y cogió la radio, admitiendo la llamada en el acto.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Estás bien?

Brigitte se sentó en la cama. En la ventana del dormitorio parecía haberse declarado un incendio bellísimo: llegaba el día.

—Sí. ¿Y tú?

—Bien, pero casi congelado. Ha sido una noche asquerosa.

—Me alegra oírte decir eso. Significa que todavía eres un ser humano que sabes apreciar lo confortable de lo inhóspito, lo agradable de lo desagradable, lo hermoso de lo feo… ¿Seguiste a Wonberg hasta el final?

—Sí.

—No me sorprende de ti. ¿Dónde está?

—Tienen un campamento en las montañas, metidos en la nieve y cerca de un poblado o aldea convertida en ruinas.

—¿Macapinchá?

—Sí. Por eso no dejaron rastro. Atacaron Macapinchá y fueron directamente hacia las cercanas montañas, donde tienen instalado un campamento muy bien equipado y muy bien camuflado. Evidentemente, toda la operación fue bien planeada de principio a fin, desde el momento en que llegaron a la aldea los sujetos de las cámaras de vídeo hasta que los comandos la arrasaron. Luego, todos juntos se instalaron en ese campamento, donde están esperando nuevas instrucciones…, si no me equivoco.

—No creo que te equivoques. ¿Cómo sabes que en ese campamento están los operadores de las cámaras de televisión?

—Porque he visto todo el equipo de luces y cámaras que utilizaron.

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—Dentro de la tienda de aprovisionamiento y material.

—¡Uno! —Exclamó Brigitte—. ¡No has debido correr ese riesgo, sólo tenías que saber dónde podríamos encontrar a Wonberg y a sus hombres!

—No había riesgo alguno. Esa gente está tan convencida de la calidad y seguridad de su escondrijo que ni siquiera han dispuesto vigilancia, así que no he tenido ningún problema…, excepto el del frío. Imagínate, con zapatos de paseo y caminando por la nieve. Para ir ahí hay que equiparse muy bien.

—Claro. ¿Cuántos hombres dirías tú que hay en ese campamento, y de qué material disponen?

—Calculo que son unos treinta hombres, o sea, la cantidad que atacó Macapinchá más unos ocho o diez del equipo de filmación y material técnico. Disponen del automóvil en el que ha llegado Wonberg y su acompañante.

Brigitte esperó unos segundos, y, por fin, instó:

—Sigue, sigue: te escucho.

—Ya te lo he dicho.

—¿Quieres decir que no disponen de ningún vehículo, a excepción de un simple automóvil?

—Exactamente. Y el automóvil ha quedado a un par de kilómetros del campamento, bien escondido en una especie de gruta.

—O sea, que están a pie nada menos que en los Andes.

—Sí. Pero de alguna manera tuvieron que llegar a Macapinchá…, y de alguna manera tendrán pensado salir de ahí cuando llegue el momento. Tres o cuatro helicópteros del ejército perucuatoriano serían suficientes para poner a esos hombres fuera de todo riesgo, ya fuese en Perú o en Ecuador. Me inclino a creer que fueron llegando por sus propios medios y en muy pequeños grupos, tanto los comandos de muerte como los operadores de cámaras… Cuando estuvieron reunidos y preparados, efectuaron el ataque y se replegaron al campamento…, y ahí permanecen, esperando nuevas órdenes… o que los evacuen.

—Esto no puede haberlo preparado cualquiera, ¿verdad?

—No.

—Quiero decir que ni siquiera puede ser cosa de Wonberg.

—Lo dudo. Wonberg puede ser un buen director o jefe de comando de acción, pero no de planeamiento. Estas cosas suelen planearlas gentes que se pasan la vida sentados ante un escritorio. O gente de acción de alto nivel y preparación.

—Es decir, o un político o un militar de carrera.

—Sí.

—Deberías descansar un poco —murmuró Brigitte—, y por supuesto en lugar seguro. Si te parece bien, podrías instalarte provisionalmente en el furgón de Andrade, con Luciano Sánchez y con Estanislao Pozuelo.

—¿Y qué hacen ellos ahí?

Brigitte explicó concisa y claramente lo ocurrido, y Número Uno no hizo el menor comentario al respecto. Se limitó a preguntar:

—¿Qué piensas hacer a continuación?

—Dormiré un par de horas más, desayunaré, y a media mañana intentaré contactar con el vicepresidente Salgado presentándome como la periodista Brigitte Montfort.

—Ten mucho cuidado.

—Lo mismo te digo —rió quedamente la divina—… Y recuerda que debes presentarte a Andrade y los otros dos con el nombre de Tortuga.

—No pienso hacer semejante cosa.

—¿Por qué no?

—Me las arreglaré de cualquier otra manera. Por el momento, cuanta menos gente me conozca mejor para mí… y para ti.

—Tienes razón. Oh, no sé por qué me preocupo por ti.

—¿Porque me amas?

—Sabes muy bien cuánto te amo —susurró Brigitte—… Ten mucho cuidado, mi amor.

—¿Dónde he oído yo eso antes de ahora?

—Voy a dejar la radio en nuestra onda especial. Te llamaré en cuanto se produzca alguna novedad. Si no te digo nada es que sigo con mi plan de visitar al vicepresidente de Perucuador.

* * *

El vicepresidente Leocadio Salgado, hombre de mediana edad, menudo, nervioso y más bien feo, recibió a la periodista

norteamericana Brigitte Montfort cerca del mediodía, en su despacho de la Casa del Gobierno Nacional, un viejo caserón remozado que recordaba una confortable hacienda. En los puntos considerados estratégicos del amplio jardín que rodeaba la Casa del Gobierno había soldados en puestos de guardia, y Brigitte los había estado contemplando desde una ventana mientras esperaba ser recibida.

Chocante. Soldados y flores. Un cielo azul hermosísimo, con esa inconfundible pureza andina, y armas de todas clases… ¿Chocante? Era deprimente y absurdo.

—Señorita Montfort —se adelantó a recibirla Salgado—, disculpe que la haya hecho esperar unos minutos, pero estaba despachando con el presidente Salvatierra… Se me ha ocurrido que quizás era con él con quien quería usted hablar.

—No. Es con usted con quien deseo hablar, señor Salgado.

—Bien. —Salgado retenía la mano de la periodista; de pronto, sonrió simpáticamente—… Caramba, ¡es usted encantadora!

—Gracias —rió Brigitte—. Y usted muy amable. Pero pierda cuidado: procuraré no hacerle perder demasiado tiempo.

—Soy un gran admirador de usted y de su talento periodístico desde hace muchos años, de modo que me encantará charlar con usted hasta que sea usted quien se aburra de mí. ¿Desea tomar un refresco?

—No, gracias. Solamente deseo conversar con usted…, y que absolutamente nadie se entere de nuestra conversación.

—Absolutamente nadie.

—Eso he dicho.

Salgado estuvo contemplándola con suma atención durante unos segundos. Por fin, asintió, señaló a Brigitte uno de los sillones colocados ante su mesa, y él pasó a ocupar el asiento giratorio.

—Me permito suponer —murmuró— que ha venido usted a Perucuador a fin de documentarse en profundidad para escribir un reportaje sobre lo ocurrido en Macapinchá.

—Oficialmente sí. Cuando venía hacia aquí he visto que en la Avenida de la Libertad ya están preparando el gran palco desde el cual usted y el resto de personalidades de Perucuador presenciarán el desfile. Es decir, que realizarán ese desfile que les ha sido exigido por Los Indios Libertadores.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Quién le ha hablado de Los Indios Libertadores?

—Ya sé que a efectos oficiales el desfile se va a efectuar para celebrar la Independencia, y que todos los perucuatorianos lo presenciarán con gozo y con emoción, ya sea directamente o por medio de la TeVePer, es decir, su cadena nacional de televisión. Pero usted y yo sabemos que Los Indios Libertadores están tramando algo respecto a ese desfile… Y naturalmente, no puede ser nada bueno.

—La verdad es que no esperaba que nuestra conversación tomara ese giro —la miraba Salgado con los ojos entornados.

—Anoche se cometieron algunos asesinatos. Personas poco importantes, pero personas al fin…, y unos buenos patriotas perucuatorianos. Me refiero a Críspulo Martos y a Senén Ologaray; también fueron asesinadas la madre de Ologaray y su criada india.

Leocadio Salgado había palidecido intensamente, y parecía incapaz de reaccionar, contemplando con ojos saltones a la periodista norteamericana.

—Santo Dios —jadeó por fin—… ¡Santo Dios! ¿Ha muerto Senén…? ¡Y Críspulo! Pero… ¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido?

La espía más implacable del mundo mostraba una inexpresividad total.

—Tengo entendido —dijo quedamente— que usted está enterado de que ellos dos, junto con Pozuelo y Sánchez, formaron un grupo que quería oponerse a las exigencias de Los Indios Libertadores.

—¡Les dije que se abstuvieran de tomar ninguna iniciativa! —Casi gritó Salgado—. ¡Se lo ordené!

—¿Significa eso que usted y el presidente Salvatierra están dispuestos a aceptar sin reaccionar con dureza todas las masacres o imposiciones de Los Indios Libertadores?

—Actualmente no estamos en disposición de montar un dispositivo militar capaz de proteger todos los pequeños poblados existentes en Perucuador. Por tanto, hasta que tengamos el Ejército perfectamente organizado y bien distribuido por todo el territorio nacional, en efecto, pensamos ceder. No deseamos que haya otro Macapinchá. Y para devolver el golpe o parar el siguiente queremos estar bien preparados.

—Sin pedir ayuda a nadie.

—Exactamente: sin pedir ayuda a nadie. Ni siquiera a los Estados Unidos.

—Señor Salgado: yo sé que hay un acuerdo secreto entre los Estados Unidos y Perucuador. Es más, sé que Perucuador existe gracias a la ayuda secreta que prestó Estados Unidos. ¿Por qué no pedirles también ayuda para esto?

—Señorita Montfort: entre los Estados Unidos y Perucuador hay un acuerdo secreto, es cierto; sería una tontería negárselo a usted, que parece enterada de muchas cosas. Pero una cosa es ese acuerdo, que compromete a Perucuador a determinado tipo de relaciones y a la concesión de unas bases, y otra cosa es que, apenas nacer, Perucuador permita que Estados Unidos dirija internamente nuestro país. ¿Me he explicado?

—Por completo —la divina espía se puso en pie—. Buenos días, señor Salgado, y gracias por recibirme.

—¿Eso es todo? —Se puso también en pie el vicepresidente.

—Sí.

—Sea tan amable de volver a sentarse. Ahora soy yo quien desea hacer algunas preguntas.

—Mucho me temo que yo no voy a ser tan amable como usted —casi rió la espía—. Adiós, señor Salgado.

—Usted parece no darse cuenta de que puedo ordenar que la detengan, señorita Montfort.

—¿Acusada de qué?

—De espía.

Brigitte Montfort sonrió cariñosamente.

—Señor Salgado: ¿debo entender que va a detener usted a la periodista Brigitte Montfort acusándola de ejercer el espionaje contra Perucuador? El mundo entero se reiría de usted, pues el mundo entero sabe que Brigitte Montfort SIEMPRE ha apoyado desde su columna del Morning News las causas como la de Perucuador.

—¡Quiero que me diga qué sabe usted de todo esto y de dónde ha sacado la información! ¡Y quiero saber qué se propone!

—Hagamos un trato. Usted acepta ponerse bajo mis órdenes durante cincuenta horas, es decir, hasta después del desfile militar, y si en ese tiempo yo no le he explicado satisfactoriamente mis

pretensiones y entregado a Los Indios Libertadores, me encierra en un calabozo para el resto de mi vida.

—Usted se está extralimitando en sus funciones de periodista.

Brigitte sonrió. Luego, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Sabía lo que tenía que saber respecto a Leocadio Salgado, y ya no tenía por qué perder más tiempo allí.

Poco después cruzaba los jardines de la Casa del Gobierno, observada con relativo disimulo por los soldados de guardia, tan atónitos por la belleza de la visitante como todos aquellos personajes con los que se había cruzado en el interior de la Casa.

Tomó un taxi, y dio al conductor una dirección cercana a la del médico perucuatoriano en cuya casa se había quedado el herido Simón-Nueva Andina, bajo sus cuidados.

Doce minutos más tarde, se apeaba del taxi, y echaba a andar acercándose a la casa del doctor Atienza. Sí…, Rubén Atienza, ése era su nombre. Se interesaría por Simón, asegurándose de que todo iba bien, y entonces llamara a Número Uno para…

Entonces vio el coche de Emilio Carlos, detenido junto al bordillo a unos sesenta metros de la casa del doctor Atienza. Se acercó un poco más, pensando que el perucuatoriano podría estar en el coche vigilando la casa del médico, pero no había nadie en el coche.

¿Estaba Emilio visitando a Simón?

Por puro instinto, la señorita Montfort pasó de largo frente a la casa del doctor Atienza. Dobló la esquina, se metió en el primer portal que encontró, y del bolso sacó la pequeña radio, cuyo resorte de llamada accionó tras colocar la diminuta placa de selección de canales en la posición general de la zona, no en la posición que la conectaba directa y exclusivamente con Número Uno para emergencias.

—Sí, diga —distinguió la voz de Emilio Carlos, seria y opaca.

—Emilio, soy yo. Acabo de pasar en taxi por delante de la casa del doctor, y he visto tu coche… ¿Estás ahí?

—Sí, señorita. Estoy con el señor Davidson. Precisamente me disponía a llamarla para pedirle que viniera.

Brigitte palideció, pero, ciertamente, conservó la serenidad.

—¿Ha empeorado Davidson? —Le siguió el juego al andino.

—La verdad es que sí. El doctor Atienza dice que no quiere

responsabilizarse de lo que pueda ocurrir. Debería venir usted.

—De acuerdo. Tengo una breve gestión que cumplir, y en cuanto termine voy para ahí. No creo tardar más de quince minutos, pero si tuviera algún contratiempo te volvería a llamar. Hasta ahora.

* * *

Dentro de la casa del doctor Atienza, en la sala de curas, Hans Wonberg retiró la punta del machete de la garganta de Emilio Carlos, que estaba lívido.

—Muy bien, indio —aprobó el mercenario—. Permanece aquí sentado y ten lista la radio por si ella te vuelve a llamar. Lo has hecho bien, de modo que sigue así si no quieres que te corte la cabeza y la cuelgue del techo para distraernos escupiéndole a los ojos.

Los otros tres mercenarios emitieron una risita. Uno de ellos estaba colocado junto a la ventana que daba a la calle, y de cuando en cuando apartaba un poco la blanca cortina para echar un vistazo al exterior. Los otros dos estaban sentados cerca de la cama-camilla en la que yacía Simón-Nueva Andina.

De pie junto a éste, lívido el rostro, se hallaba el doctor Atienza. Simón tenía los ojos abiertos, pero no parecía enterarse de nada. Su desnudo y vendado cuerpo parecía de cera.

Wonberg miró su reloj de pulsera, y luego masculló:

—Desde luego, los hay caprichosos —dijo—… ¡Con la de mujeres que hay en el mundo, y él quiere precisamente a ésa para gozar con ella! Sabemos con seguridad que es muy peligrosa, no sólo por lo de anoche frente a la cafetería Huacapá, sino por lo del chalé: logró escapar causándonos cuatro bajas, aunque fuese con la ayuda de este indio…

—No —aseguró Emilio Carlos—… Yo no sé nada de aquello, no fui yo quien la ayudó… ¡Lo juro!

Wonberg lo miró especulativamente, con su fría mirada de ofidio. Encogió de nuevo los hombros.

—En cualquier caso, lo único que nos interesa a nosotros son los cinco millones de dólares, por el momento. Y como quien paga manda, tenemos que llevarle a esa mujer, por peligrosa que sea.

Capítulo VII

—Ahí viene —dijo el de la ventana.

Hans Wonberg se apresuró a acercarse para ver a la mujer. La vio cuando ya estaba muy cerca de la puerta: alta, quizás excesivamente recia, tosca, de hermosos cabellos negros recogidos en un moño… Llevaba un gracioso maletín de viaje.

Desde la sala se oyó la llamada a la puerta de la casa.

Wonberg miró su reloj: habían pasado diecisiete minutos desde que Persona llamara a Emilio Carlos.

Wonberg hizo un gesto de atención a sus hombres, sacó la pistola de la funda axilar, y abandonó la sala de curas.

Cuatro segundos más tarde abría la puerta de la casa. La mujer llamada Persona tenía unos grandes ojos negros, que quedaron como clavados en los azules tirando a verdosos de Hans Wonberg. Éste sonrió, y apuntó al pecho de Persona, que apenas hizo un levísimo gesto de sobresalto.

—Pasa, giganta —dijo Wonberg, en inglés—… Te estábamos esperando.

Persona miró la pistola, volvió a mirar los ojos de Wonberg, y entró en la casa, cuya puerta cerró el mercenario, diciendo:

—A la sala de curas: ya sabes dónde está.

Persona fue hacia allá, llevando tras ella al muy atento Wonberg. Cuando entró en la sala, Persona captó la mirada entre avergonzada y acobardada de Emilio Carlos, que enseguida la desvió. Ella se acercó al herido, y le puso una mano en un lado del cuello.

—Está bastante bien —murmuró el médico—… Emilio le ha mentido porque le han obligado, para atraerla a usted.

Ella asintió, y volvió a mirar a Wonberg, que señaló otra camilla, colocada en un rincón.

—Deja el maletín ahí y pon las manos sobre la cabeza —ordenó.

Persona obedeció. Wonberg se guardó la pistola, se acercó, y procedió a pasarle las manos por el cuerpo, sonriendo al apretar las turgentes formas femeninas.

—Caramba —dijo—, desde luego tienes un cuerpo magnífico, aunque con estas ropas no lo parezca… Quizá sí que El Indio sabe lo que hace al querer tirársela. Ah, vaya, ¿qué es esto?

Metió la mano bajo la falda, muy cerca del sexo de Persona, y retiró la pequeña pistola sujeta allí con tiras de esparadrapo. La miró con curiosidad, y se la guardó en un bolsillo. Miró el maletín, dudó, y por su gesto final se comprendió que dejaba su examen para otra ocasión.

—Jack, ve por el coche —ordenó—. Y tú, permanece ahí quieta con las manos donde las tienes ahora.

Uno de los que habían estado sentados cerca de la cama-camilla se puso en pie y salió. Al poco se oyó el chasquido de la puerta al cerrarse. El de la ventana miró a su compañero alejándose de la casa, y volvió a mirar a la prisionera.

—Quizá lleve más armas, Hans —sugirió.

—No, no lleva. La he examinado bien. Veamos, preciosa: ¿quién te ayudó cuando lo del chalé? ¿Fue este indio?

Persona no contestó. Wonberg frunció el ceño, y dio un paso amenazador hacia ella.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo —dijo Persona.

—¿Un acuerdo? —Se detuvo en seco Wonberg—. ¿Qué acuerdo?

—Me permito suponer que están esperando cobrar cinco millones de dólares. ¿Es así?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Yo les ofrezco veinte millones. Cinco… para cada uno de ustedes.

—No interesa —rió el de la ventana—, porque cuando la segunda fase…

—Cierra la boca —gruñó Wonberg—… Y usted también, porque diga lo que diga no haremos ningún trato. Aunque me ofreciera…

—Ya no lo necesito —le interrumpió Persona—. Todo lo que quería saber ya lo sé ahora.

—¿De qué está hablando? —Ladeó la cabeza el mercenario.

—Tenía intención de negociar con usted a costa de lo que fuese hasta conseguir información suficiente sobre el asunto. Pero ya he

conseguido esa información.

—¿La ha conseguido? ¿La ha conseguido aquí y ahora?

—Así es —sonrió despectivamente Persona.

—Usted es una chiflada —aseguró Wonberg—… Una loca a la que daremos su merecido cuando El Indio haya terminado con usted.

—¿Quién es El Indio? ¿El jefe de la operación, el jefe de Los Indios Libertadores?

—Es solamente un intermediario entre nosotros y Los Indios Libertadores, y por tanto es nuestro jefe directo. El único que conocemos.

—Ya. ¿Y quién es ese hombre?

—Uno que desea tirársela —sonrió Wonberg, como divertido de pronto—… A lo mejor yo también lo hago.

—¿Cómo se ponen en contacto con El Indio?

—Con señales de humo —dijo el de la ventana; y los tres se echaron a reír—… ¡Con señales de humo, claro!

—Es una respuesta muy graciosa —dijo Persona—… Ya le diré a El Indio que son ustedes sumamente chistosos. Aunque él ya debe de saberlo muy bien, puesto que los contrató… ¿O no los contrató él?

—Claro. Pero mire, a nosotros no nos caliente la cabeza: lo que tenga que decir, dígaselo a él.

—A él le diré lo que ya le tengo reservado. A usted también tengo cosas que decirle, Wonberg, después de ver en la cinta de vídeo su actuación como Jefe Unidad.

—¿Cómo sabe que me llamo Wonberg? —exclamó éste.

—Nos lo dijo su compinche Karl Ulrichssen antes de morir.

Hans Wonberg apretó los labios y su mirada pareció querer atravesar a Persona, que la soportó con indiferencia.

—¿A quién se lo dijo? —susurró—. A usted… ¿y a quién más?

—A mí —dijo una voz en la puerta.

Al mismo tiempo, aparecía el hombre alto de facciones pétreas, empuñando una pistola con la que apuntó a la cabeza de Wonberg. Éste, que tenía la pistola en la funda, quedó inmóvil y rígido. El mercenario situado junto a la ventana lanzó una exclamación, y giró rápidamente para apuntar a Número Uno…

Plop, disparó éste desviando un instante el arma.

La bala se hundió con blando chasquido en pleno corazón del sujeto, que retrocedió dejando caer la pistola, chocó de espalda en el marco de la ventana, y cayó hacia delante tieso y muerto.

El que estaba sentado también quiso disparar contra Número Uno, pero Emilio Carlos saltó contra él, y ambos rodaron por el suelo abrazados en torpe pelea.

Emilio sólo se preocupaba de sujetar la mano armada del mercenario, mientras éste, con la izquierda, le golpeaba furiosamente en la cabeza…, hasta que Persona, con ágil desplazamiento, llegó junto a ellos y descargó un punterazo en la sien izquierda del mercenario.

Simplemente, éste murió. Emitió un ronquido, puso los ojos en blanco, y murió.

Emilio se apoderó de la pistola, con la que se apresuró a apuntar a Wonberg. Pero éste permanecía como petrificado bajo la amenaza del arma de Número Uno, lo cual fue aprovechado por Persona para recuperar su pistola y requisar la de Wonberg, así como el cuchillo.

—El otro no tardará en regresar —dijo Persona.

Uno asintió, se acercó a Wonberg y, de un tremendo patadón en los testículos, lo fulminó como muerto. Luego, salió de la sala. El doctor Atienza apenas había tenido tiempo de enterarse de lo sucedido. Emilio, tras ver salir a Uno, se volvió a mirar a Persona.

—¿Quién es? —preguntó, moviendo la cabeza hacia la puerta.

—Tortuga. Busca un alambre y ata las manos de Wonberg a la espalda.

—Sí. Mire, tuve que llamarla porque…

—Olvídalo. Sé lo que ocurre en estos casos, Emilio. Y le vamos a dar a Wonberg el mismo tratamiento —se acercó de nuevo a la camilla y miró el rostro de Simón—… ¿Seguro que está bien?

—Se repondrá, se lo garantizo. Es decir, espero que todos sobrevivamos a este asunto.

—Todos, no —dijo gélidamente Persona.

Se acercó a la ventana, desde donde estuvo vigilando la llegada del coche de los mercenarios, conducido por el tal Jack. Emilio Carlos había encontrado alambre en la cocina de la casa de Atienza, y procedía a atar las manos de Wonberg, que se recuperaba rápidamente, pero haciendo gestos de dolor…

—Vigílalo bien —dijo de pronto Persona—. No te confíes.

Salió de la sala. Número Uno, que esperaba junto a la puerta de la casa, la miró, y ella asintió. Afuera se oyó el impacto de una portezuela de coche al cerrarse.

Al poco, la puerta de la casa se abrió, y entró Jack. Se quedó mirando con sobresalto la pistola que apareció ante sus ojos. Persona se acercó a la puerta y la cerró. Número Uno puso la boca de fuego del silenciador sobre el corazón de Jack, y apretó el gatillo.

Jack se desplomó como un fardo, como una masa de pronto inerte, los ojos casi fuera de las órbitas. Uno lo agarró por la ropa del cuello y lo llevó a la sala de curas. A Emilio Carlos también se le salían los ojos de la cara mirando a Número Uno. Nunca en su vida había estado tan profundamente impresionado el andino.

—Por el momento —dijo Persona—, dejaremos aquí estos tres cadáveres. Espero que eso no le cause a usted molestias, doctor.

—Estoy acostumbrado a los muertos…, aunque no a tenerlos en casa. De todos modos, no se preocupe.

—Emilio se quedará con usted, para hacer frente a cualquier imprevisto —miró amablemente al colaborador de la CIA—… No confíes en nadie, Emilio. Sólo en mi compañero y en mí. ¿Entiendes lo que quiero decir exactamente con esto?

—Sí señora.

—Bien —sonrió la espía.

Recogió su maletín, dirigió una última mirada a Simón-Nueva Andina, y fue hacia la puerta, desapareciendo. Al poco, en la puerta de la casa se oía un silbidito. Número Uno agarró a Wonberg por la ropa del cuello, y tiró de él para ponerlo en pie.

—Vamos a ir de paseo en vuestro propio coche —le dijo—. Si me causas molestias te cortaré el cuello.

Lo empujó por delante de él, guardó la pistola, y con la mano derecha sujetó por detrás las atadas manos de Wonberg… Desde un lado de la ventana, Emilio Carlos vio el coche de los mercenarios, detenido frente a la casa. Persona estaba al volante. Tortuga metió a Wonberg en el asiento de atrás, y entró sentándose a su lado.

El coche partió.

Emilio Carlos se volvió a mirar a Atienza, alucinado.

—Ayúdame a taponarles las fosas nasales —dijo el médico, señalando los tres cadáveres—… No tenemos por qué oler a carne

putrefacta.

No muy lejos de allí, dentro del coche, Persona hablaba con Wonberg dirigiéndole miradas por medio del retrovisor.

—Nosotros —le dijo— no somos mejores que tú. Quiero decir que también sabemos cómo causar sufrimiento a la gente antes de matarla. Ve haciéndote a la idea de que has caído en las peores manos en que podías caer. ¿Entendido esto?

Wonberg no contestó. Número Uno simplemente le miró. Wonberg sintió un escalofrío en lo más profundo de su cuerpo, en todos sus huesos, en su sangre.

—Sí —jadeó—… Lo he entendido.

—Bien. En realidad, creo que ya lo sé, pero deseo asegurarme: ¿quién es El Indio?

—No lo sé. No sé su nombre. Sé que es un hombre de aspecto físico insignificante y que lleva un gran bigote postizo y gafas de cristales oscuros.

—Muy original. ¿Dónde lo conociste?

—En Santiago de Chile, hace cosa de un año. Yo estaba allí por si surgía algún buen trabajo con todo esto de la cesión del poder que ha hecho el general Pinochet… Él se me acercó, me dijo que le habían hablado de mí, y que posiblemente unos meses más adelante tendría un buen asunto que ofrecerme. Le dije cómo podía ponerse en contacto conmigo. Me llamó hace un par de meses, y comenzamos a prepararlo todo.

—¿Qué te ofreció por tus servicios?

—Ciento cinco millones de dólares en total. Primero, cinco, para los gastos que en principio habríamos soportado yo y mis hombres. Un mes más tarde, nos entregaría los otros cien millones. Al principio no quería creerle, pero me convenció.

—O sea, que primero pedía cinco millones de dólares, y luego amenazaba con arrasar otra o varias aldeas si el presidente Salvatierra no entregaba cien millones más.

—Sí… ¿Adónde vamos?

—De momento estamos paseando por Nueva Andina. Es agradable pasear, en un día tan hermoso… ¿Quién planeó lo de Macapinchá?

—Él… Él lo ha planeado todo. Dijo que todo estaba muy bien pensado y controlado, y que yo sólo tenía que seguir sus

instrucciones y me convertiría en millonario.

—Ya. Entiendo tus motivos para intervenir en esto, pero… ¿y los de él? ¿Qué es exactamente lo que busca El Indio?

—Le juro que eso no lo sé.

—¿Tampoco sabes lo que se propone obligando a desfilar al Ejército perucuatoriano?

—No… Al respecto, me dijo que me daría las instrucciones en el último momento. Y lo mismo para la recogida de los cinco millones de dólares, se entiende que con todas las garantías de seguridad para nosotros.

—¿Cómo te pones en contacto con El Indio?

—Por medio de una radioemisora que tenemos en las montañas.

Persona le dirigió una mirada entre irónica y perversa por medio del retrovisor.

—¿Tengo que entender que cada vez que tienes algo que decirle a El Indio has de ir a las proximidades de Macapinchá para utilizar esa radio?

—Bueno…, hay otra emisora aquí, en Nueva Andina.

—Qué sorpresa. A lo mejor es la que también utilizas mientras permaneces en la ciudad para dar instrucciones a tus hombres que permanecen en el campamento.

—Claro —gruñó Wonberg.

—¿Y dónde está esa emisora?

—En el sótano de un viejo edificio, casi ruinoso, donde hubo un taller de reparación de bicicletas, o algo así.

—¿En qué calle?

—Alvarado.

—Llevo un plano de la ciudad en el maletín —dijo Persona—. Busca esa calle, ¿quieres?

Uno asintió, y se hizo cargo del maletín.

Hans Wonberg tenía la sensación de hallarse preso en unas tenazas de las que era imposible salir.

Nunca en su vida había tenido tan honda y clara sensación de impotencia, de derrota.

—Sigue por esta avenida —dijo Uno, tras examinar el plano—… Te avisaré cuando debas girar a la izquierda. Está casi en las afueras de la ciudad.

Ella asintió, y volvió a mirar a Wonberg por el retrovisor.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste contacto con El Indio? —inquirió.

—Ayer. Yo estaba en el campamento, esperando el regreso de Ulrichssen, cuando él me llamó. Me dijo que sabía que Ulrichssen y los otros tres no volverían, y que tenía que bajar a Nueva Andina para hacer un trabajo.

—Un trabajo —repitió Persona, como admirada—. Ya. Te dio órdenes para que asesinarais a determinadas personas, ¿no es eso lo que quieres decir?

—Sí. También me habló de ese indio que trabaja con el agente de la CIA, y me dijo dónde se hallaba éste. Me indicó lo que tenía que hacer hoy tanto si conseguía eliminar a esas personas como si no salía bien a la primera.

—¿Y qué tenías que hacer?

—Capturarla a usted y matar a todas las demás personas que hubiera en la casa. Luego, debía llevarla al campamento hasta que él me llamase allí para darme nuevas instrucciones. Mientras tanto, nadie debía tocarla. Al parecer… se ha encaprichado de usted.

—Tiene buen gusto. ¿A qué personas te ordenó asesinar anoche?

—Senén Ologaray, Críspulo Martos, Estanislao Pozuelo y Luciano Sánchez. Cada seis horas debía llamarlo para informarle de cómo iban las cosas y, si así convenía, recibir nuevas instrucciones u orientaciones.

—Gira a la izquierda —dijo Uno.

Persona lo hizo.

Apenas diez minutos más tarde llegaban al lugar indicado por Hans Wonberg, que, dada la apacibilidad con que le trataban sus captores, comenzaba a tener esperanzas de lograr algún acuerdo que le permitiera conservar la vida.

El viejo edificio tenía una ancha puerta de madera carcomida que Número Uno abrió. Persona introdujo el coche. El local era angosto y destartalado, y sólo recibía luz por unos ventanucos altos en uno de los lados. Al fondo había un cuartucho que alguna vez había sido un modestísimo despacho y un patio diminuto lleno de escombros y, especialmente, excrementos de ratas.

Al sótano se descendía por medio de una escalera de madera carcomida que arrancaba en un lado del taller, y cuyo hueco estaba oculto por una simple trampilla de madera grasienta… En la

lobreguez del lugar se oían los arañazos de las ratas deslizándose entre cajas y montones de bicicletas podridas.

La emisora se hallaba bien instalada sobre una mesa colocada en un hueco de la pared de pura tierra.

Sin necesidad de encender la pequeña lámpara de gas que había en una esquina de la mesa, Brigitte y Número Uno la identificaron inmediatamente como *Made in USA*, un modelo de veinte años atrás y que posiblemente, en sus buenos tiempos, había prestado servicios en el ejército peruano o ecuatoriano.

—Me parece —dijo Persona— que no nos servirá de nada averiguar a quién pertenece esta casa. O se trata de alguien que murió, o de alguien que la tiene abandonada aunque sea temporalmente.

—En realidad —dijo Uno—, este lugar sólo tiene una cosa buena: El Indio vendrá aquí tarde o temprano. Pero me pregunto si vale la pena esperarlo, considerando que tú ya sabes quién es.

—Creo saberlo —puntualizó Baby—… Y quiero asegurarme, naturalmente. Además, si El Indio es solamente un intermediario de esta… operación cuyo objetivo todavía no comprendo, debemos enfocar las cosas de tal manera que por medio de él y de un modo u otro sepamos quiénes dirigen todo el asunto.

—Es decir, localizar a Los Indios Libertadores.

—Sí. Mientras tanto, deberíamos controlar a los hombres de Wonberg, quizá por medio del Ejército. Si llamo al vicepresidente Salgado y le pido que envíe tropas a ese campamento sé que él aceptará mis instrucciones y tú podrías guiar esas fuerzas, pero… temo la reacción de El Indio, y, sobre todo, de Los Indios Libertadores, de modo que tendremos que actuar con mucho tacto.

—Sin duda —admitió Uno—. ¿Necesitamos a Wonberg para algo?

—Ya no.

Hans Wonberg, mercenario, canalla, criminal sin escrúpulos que había hecho del asesinato su medio de vida, intuyó que finalmente había encontrado alguien que podía ser infinitamente más cruel e implacable que él mismo.

Estaba en lo cierto.

* * *

Teófilo Andrade lanzó una exclamación de consternación.

—¡Ha sido una lástima que no hayan podido capturar con vida a ninguno de esos hombres! ¡Podrían habernos facilitado pistas para capturar a todos los miembros de ese comando asesino!

—No pudo ser —hizo un gesto de resignación Persona—… El riesgo era excesivo para andarse con miramientos: estaba allí mi compañero Davidson herido, el doctor Atienza, Emilio estaba desarmado… No pudo ser. Tortuga y yo tuvimos que tirar a matar sin contemplaciones.

—Es decir, que han matado a cuatro hombres del comando —murmuró Pozuelo.

—Sí. Pero con mucho riesgo, y la prueba es que Tortuga recibió un balazo en el hombro que bien pudo haberle acertado en el corazón… Por suerte, teníamos el médico allí mismo. Estamos convirtiendo su casa en un hospital… y un cementerio.

—¿Quiere decir que Tortuga se ha quedado en casa del médico?

—Claro. Ha quedado inutilizado para seguir apoyándome en esto. Cuando llamé a Emilio y él mencionó a Davidson por su nombre comprendí que algo ocurría, y entonces fue cuando recurrí a Tortuga y fuimos los dos a la casa de Atienza, pero Tortuga entró en ella por detrás y por el tejado… Queríamos atraparlos vivos, pero luego vimos que era demasiado arriesgado.

—En fin —movió la cabeza Luciano Sánchez—, ya está hecho. Y no vamos a lamentarnos de que unos asesinos hayan muerto, ¿verdad?

—Estoy segura de que son los mismos que anoche mataron a Martos, a Ologaray, y a la madre de éste…

—Sin duda también tenían órdenes de matarnos a nosotros dos —dijo Luciano.

—Es muy posible.

—Aquí están a salvo —aseguró Andrade.

—Sí, pero el hecho es que le necesito a usted, Teófilo —se mostró preocupada Persona—… Y no quiero que ellos dos se queden en el furgón si no está usted. Además, estamos inutilizando este furgón, y eso es absurdo… ¿Pueden ocultarse ustedes en algún lugar seguro? —Miró a Pozuelo y a Sánchez.

—Claro —asintió Sánchez—. Podríamos ir…

—No, no. Juntos, no. Prefiero que se oculten por separado. Y sin

que el uno sepa dónde está el otro.

—¿Por qué? —se sorprendió Pozuelo.

—Porque si van juntos corren más riesgo de ser vistos. Y si se separan, prefiero que ninguno sepa dónde está el otro para que, bajo determinadas circunstancias, no delatase su escondrijo.

—Bajo determinadas circunstancias… ¿quiere decir tortura? —exclamó Sánchez.

—Francamente, sí. O con amenazas muy fuertes, como hicieron con Ologaray. Por eso prefiero que cada uno de ustedes se oculte por su cuenta, sin decirle a nadie dónde están. Si necesitaran alguna cosa de mí o del capitán Andrade, llamen por teléfono a casa del doctor Atienza y díganle a Emilio Carlos que me comunique lo que ocurre.

—¿Me permite un comentario? —mascculló Andrade.

—Por supuesto.

—¿Realmente usted tiene la sensación de que de alguna manera está controlando lo que ocurre? Porque si he de serle sincero yo ya no sé ni dónde estoy.

—Tal como están las cosas —murmuró Persona, tras unos segundos de reflexión—, yo tampoco estoy en absoluto segura de saber qué tengo que hacer. Si he de ser tan sincera como usted, Teófilo, diré que mi esperanza de conseguir una pista se reduce a lo que ocurra mañana durante el desfile. Me refiero a lo de la recogida del dinero, de los cinco millones de dólares… Alguien tendrá que hacerse cargo de ellos, ¿no?

—Sí, claro…

—Y usted y yo estaremos allá vigilando. Sea quien sea el encargado de hacerse cargo del dinero, lo veremos…, y si podemos seguirlo seguro que recuperaremos la pista.

—No es mala idea —se animó Andrade—… ¡Dispondré que varios de mis hombres…!

—Nada de eso. Lo que se pueda hacer tendremos que hacerlo usted y yo solos. No estamos tratando con tontos, ¿sabe? En fin, veremos qué pasa mañana.

—¿Y nosotros? —Inquirió Pozuelo—. ¿Permanecemos ocultos o mañana podemos asistir al desfile?

—Llamen a las ocho de la mañana a Emilio a casa del doctor Atienza, y él les dirá de mi parte lo que conviene que hagamos

todos. Recuerden: no se comuniquen absolutamente con nadie salvo con Emilio Carlos. ¿Alguna duda?

Pozuelo y Sánchez negaron con la cabeza. Poco después se apeaban del furgón y se alejaban rápidamente. Andrade movió la cabeza y exclamó:

—¡Menudo lío!

—Claro que no.

—¿Qué?

—Que no. Ningún lío.

—Pero… pe-pero usted… usted acaba de decir…

—Teófilo —suspiró la agente Baby—, créame: realmente, usted necesita un buen curso de capacitación si pretende ser un espía… y vivir para contarlo.

Capítulo VIII

Se oía el arañar de las ratas por los rincones, y quizás era por esto que, de cuando en cuando, Estanislao Pozuelo se detenía a escuchar. Permanecía unos segundos inmóvil y luego proseguía su marcha en la penumbra maloliente. En los ventanucos del taller ya no lucía la luz solar en su esplendor, sino la del rápido atardecer.

Llegó a la escalera de madera, y descendió cuidadosamente por ella.

Abajo, en el sótano, todo era silencio. Un silencio frío y denso, como prensado. Sólo las ratas, también allí abajo, ponían un sonido de existencia, de movimiento.

Pozuelo llegó adonde se hallaba la emisora, y encendió la pequeña lámpara de gas. El sótano se llenó de sombras fantasmales. Era todo tan irreal que Pozuelo creyó que sufría alucinaciones cuando oyó la voz tras él:

—Ponga las manos sobre la cabeza y aléjese de la emisora caminando de espaldas.

Pozuelo respingó y palideció al mismo tiempo. Luego, se apresuró a poner las manos sobre la cabeza e inició la marcha hacia atrás, preguntando:

—¿Quién es usted? ¿Es uno de los hombres de Hans Wonberg?

No recibió respuesta. Un hombre alto, atlético, vestido deportivamente, con tonos oscuros, apareció y se colocó a un lado de la emisora, de modo que su rostro quedaba en sombras y en cambio él podía ver el iluminado rostro de Pozuelo, al que apuntaba con una imponente automática.

—¿Conoce usted a Hans? —preguntó el atleta, en español, pero con un claro acento alemán.

—Me parece —dijo Pozuelo— que los dos somos amigos de Wonberg. De otro modo, no conoceríamos este lugar.

—En lo que a mí respecta, desde luego Hans me citó aquí.

¿Dónde está él?

—Ha muerto.

—No me diga. Le vi esta misma mañana, y le dije que le andaba buscando, pues otro colega me había dicho que él andaba por aquí… Me dijo que se alegraba de encontrarme y que, en efecto, tenía algo para mí.

—¿A qué hora lo vio usted?

—Sobre las diez.

—Lo mataron al mediodía. ¿Hans le ofreció trabajo?

—Maldita sea —masculló el atleta—… ¡Claro que me ofreció trabajo! Hemos hecho algunas cosillas antes de ahora, especialmente en África… ¿Quién ha tenido los suficientes cojones para cargarse a Hans?

—Una mujer.

—No me diga —sonrió el atleta—… Vamos, no diga estupideces.

—Escuche, yo soy el jefe de Hans Wonberg, quien le contrató para hacer un trabajo aquí, en Perucuador. Podemos entendernos… si usted tiene la categoría que parece. ¿Cómo se llama?

—Klaus Plumm. ¿Le habló Hans de mí?

—No. Pero no importa… ¿Puedo bajar las manos?

—Claro —refunfuñó Plumm, guardando la pistola bajo la axila—… Conque una mujer, ¿eh? ¿Quién es esa tipeja, dónde puedo encontrarla?

—Tranquilo —comenzó a sonreír Estanislao Pozuelo—… ¿Qué tal profesional es usted, Plumm? ¿Podría dirigir un grupo de treinta o cuarenta hombres?

—Es lo único que sé hacer. Pero no me diga que no tiene usted al hombre adecuado, porque sé que Hans siempre se procuraba por lo menos un par de lugartenientes capaces de ocupar su puesto en una emergencia…

—También están muertos. Ella los mató.

—¿Quiere decir… la misma mujer?

—Sí. Pero no se equivoque, Klaus: es una espía norteamericana muy bien entrenada.

—¿Están haciendo ustedes algo en lo que interviene la CIA?

—Sí… Más o menos.

—No me interesa. Adiós. Siento lo de Hans…

—Puedo pagarle cinco millones de dólares.

Klaus Plumm quedó como clavado al suelo tras el primer paso alejándose. Volvió la cabeza y contempló especulativamente a Pozuelo. De pronto, sonrió.

—Ya. Cinco millones de dólares. Dólares americanos, claro.

—Por supuesto.

—Oiga, usted es cojonudo, ¿eh? Se la está jugando con alguien que tiene muy mala leche… Quiero decir que no me gustan esta clase de bromas.

—Si usted trabaja para mí podrá tener mañana mismo medio millón de dólares, y dentro de un mes o dos, cinco millones más.

Klaus Plumm miró la emisora, miró a Pozuelo, frunció el ceño, se acarició la barbilla, volvió a mirar a Pozuelo entornando los párpados, de nuevo miró la emisora, a Pozuelo…

—Maldita sea —sonrió de pronto, como un lobo—, usted empieza a caerme simpático, señor… señor…

—Llámeme El Indio —sonrió también Pozuelo—… Acerque esa caja y sentémonos frente a la emisora: tenemos que hablar usted y yo para entendernos bien antes de hacer una llamada al campamento donde están sus hombres.

—¿Mis hombres?

—Los que comandaba Wonberg. A partir de ahora los mandará usted… Los dos hemos tenido suerte con este encuentro, Plumm, puede creerme. A menos que sea usted de esos sujetos que de cuando en cuando tienen escrúpulos.

—Por quinientos mil dólares —sonrió Klaus Plumm— ni siquiera sé qué significa esa palabra. Por cinco millones me cargo a la humanidad entera, empezando por mi madre.

—Je, je —rió El Indio—… ¡Je, je, je! Hablemos ahora del desfile de mañana, que será histórico… ¡Ya lo creo que pasará a la Historia!

* * *

En el palco presidencial había una invitada de excepción: la señorita Brigitte Montfort, la periodista norteamericana que había acudido a Perucuador para escribir un amplio reportaje sobre la masacre de Macapinchá.

Para sorpresa de todos, el vicepresidente Leocadio Salgado la

había invitado a presenciar el desfile en el palco donde aquella mañana se habían reunido todas las personalidades relevantes de Perucuador. Había en total veintitrés personas ocupando el gran palco instalado en la Avenida de la Libertad.

Cerca de la señorita Montfort estaba el capitán Teófilo Andrade, pálido pero firme, soportando su herida con entereza digna de la causa.

El presidente Salvatierra había quedado encantado por la presencia de Brigitte, a quien, por supuesto, conocía como periodista. Los demás invitados al palco también estaban encantados por la belleza y simpatía de la periodista. En realidad, todo el mundo parecía feliz y contento…, excepto el vicepresidente Salgado.

—¿Está usted segura de que no va a fallar nada? —inquirió una vez más, inclinándose hacia Brigitte Montfort.

—Segura.

—¿Y si…?

—Sea tan amable de tranquilizarse de una vez por todas. Entre el capitán Andrade y un buen amigo mío han hecho un buen trabajo, se lo garantizo.

Leocadio Salgado se pasó un dedo por el cuello de la camisa, y aspiró hondo. El día era hermosísimo, resplandeciente. La Avenida de la Libertad, arteria principal de Nueva Andina, acogía posiblemente más de trescientas mil personas a lo largo de todo el recorrido que en breve efectuarían las fuerzas armadas de la nación.

Brigitte estaba ahora conversando con el presidente Salvatierra. Salgado esperó a que terminase, y volvió a la carga con sus preguntas.

—¿Y dónde está ahora Pozuelo?

—No se preocupe por él. Está controlado. Pero tiene que estar libre, porque si realmente está al servicio de un grupo de personas que se hacen llamar Los Indios Libertadores, tendrá que rendirles cuentas cuando su plan fracase. Y entonces, cuando se reúna con esas personas, será el momento de nuestra última intervención.

—Señorita Montfort: si algo de lo que usted ha planeado fallase…

Ella hizo un gesto de resignación, alzando sus ojos más bellos que el mismísimo cielo andino. En el principio de la avenida se oía

ya el estruendo y la música. El desfile había comenzado. El ambiente se llenó de sugerencias marciales. La multitud gritaba.

Los escasos carros de combate hacían crujir el pavimento…

Por un instante, Brigitte también pensó en la posibilidad de que los planes de El Indio se realizasen tal como éste los había proyectado, basándolos en el hecho de que las tropas perucuatorianas desfilaban con armas pero no con munición.

Era natural que Salgado estuviese con el alma en un hilo.

La explicación que respecto a los planes de Pozuelo le había facilitado la señorita Montfort no era para menos: cuando los carros de combate pasaran ante el palco presidencial, uno de ellos (que sí llevaría munición secretamente) se desviaría de la formación, y se acercaría al palco, frente al cual se detendría…

* * *

Perdido entre la multitud a unos cien metros del palco presidencial, El Indio veía ya acercarse las tropas, y su impaciencia aumentaba.

¡Ah, no veía el momento en que sus planes tan larga y cuidadosamente elaborados se realizasen!

Quería presenciarlos. Quería estar allí de principio a fin.

Primero, uno de los carros de combate, tripulado por oficiales sobornados, se acercaría al palco presidencial, se detendría, y el oficial que lo mandaba aparecería por la torreta y exigiría los cinco millones de dólares…

—Je, je —rió Pozuelo—… ¡Je, je, je!

Nadie se fijó en él. Si lo hubieran hecho se habrían interesado por aquel insignificante sujeto de expresión fanatizada. Pero nadie oyó su risa, ni nadie le miró. Las fuerzas armadas se iban acercando desde el principio de la Avenida de la Libertad.

Sí, el oficial exigiría el dinero, se lo entregarían, y lo metería dentro del carro de combate, que retrocedería un poco. Y entonces, cuando todos estarían pensando que iba a regresar a la formación o a escapar, la tripulación de combate dispararía con el cañón y con las ametralladoras contra todos los ocupantes del palco presidencial.

Contra todos.

Los haría trizas.

No sólo no quedaría nadie con vida allí, sino que sería imposible incluso juntar dos pedazos de la misma persona…

—Je, je…

¡Sería una hermosa masacre! ¡Incluso más hermosa que la de Macapinchá! Porque a fin de cuentas en Macapinchá no había muerto nadie. Nadie. ¿Acaso cincuenta indios eran alguien? ¿Acaso medio centenar de asquerosos indios tenían algún valor de alguna manera? ¿Acaso miles y miles de personas, fuesen indios o no tenían algún valor? ¡Bah! ¡Él sí que tenía valor, él sí que era una persona de calidad…! Nunca se la habían reconocido, nunca. Siempre le habían relegado a puestos insignificantes. Había colaborado en todo, de principio a fin. ¿Y qué premio le habían concedido cuando por fin Perucuador consiguió la independencia? Un empleo burocrático. ¡Un empleo burocrático, a él, que se merecía uno de los más altos cargos, por su dedicación, por su inteligencia, por su gran capacidad política que en ningún momento nadie había querido reconocer! Pero pronto saldrían todos de su error. Todo el mundo, no sólo los perucuatorianos. Cuando el carro de combate exterminase a todos los personajes actualmente útiles al Gobierno de Perucuador, no quedaría con vida nadie más capacitado que él para tomar el mando de la nación.

Entonces, el mundo entero se enteraría de la existencia de Estanislao Pozuelo Perea.

En cuanto a los Estados Unidos, no tendría ningún problema en continuar engañándolos. Les iría sacando grandes cantidades de dinero, siempre simulando que eran Los Indios Libertadores quienes lo exigían…, cuando en realidad serían sus mercenarios, dirigidos ahora por Klaus Plumm. ¡Había tenido suerte de encontrar a Plumm, pues era incluso más duro y sobre todo más inteligente que Wonberg!

Podrían engañar a la mismísima CIA, como había hecho hasta ahora. Él había comprendido que la CIA por fuerza iba a intervenir cuando sucediese lo de Macapinchá, de modo que había tenido la gran idea: ser él quien pidiese ayuda a los Estados Unidos.

¡Esto había sido genial! Puesto que de todos modos la CIA iba a intervenir… ¿por qué no llamarla, entrar en contacto con ella, y saber en todo momento lo que tramaban, a fin de prevenir sus futuros movimientos? ¡Genial! Todo genial.

Dentro de poco, él sería elegido presidente de Perucuador, pues no habría nadie mejor que él, por fin.

Dispondría por un lado del Ejército y por otro de los mercenarios con Plumm a la cabeza. Los haría bailar a todos a su son. Con el dinero que le iría sacando a Estados Unidos pagaría a los mercenarios; con los mercenarios masacraría al pueblo que mientras tanto le estaría aclamando como a su gran héroe providencial…

¡Ah, qué hermoso era poder vengarse, poder reírse de todos los que hasta entonces ni siquiera habían reparado en que existía alguien llamado Estanislao Pozuelo!

El griterío de la multitud lo sacó de su glorioso ensimismamiento. Regresó a la realidad actual. Vio un carro de combate saliendo de la formación y acercándose al palco presidencial. La gran parada militar se había detenido. El carro de combate llegó ante el palco. El presidente Salvatierra estaba saludando militarmente, con aquella gallardía suya, con aquella elegancia, aquella personalidad que él tanto y tanto odiaba…

—Pero ahora verás —dijo en voz alta El Indio—… ¡Je, je, je! ¡Ahora verás!

El carro de combate se había detenido justo delante mismo del palco, casi tocándolo. La torreta se abrió, y apareció un joven oficial, portando una bandera que mostraba los colores de la patria y el emblema que a partir de aquel instante distinguiría a las fuerzas armadas de Perucuador. Caminando sobre el carro de combate, el joven oficial se acercó al borde del palco, y entregó la bandera a Salvatierra, que la agitó haciéndola flamear…

El rugido de la multitud ni siquiera fue oído por El Indio.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

El joven oficial regresaba al interior de su vehículo de guerra. El presidente Salvatierra no saludaba ahora a las fuerzas armadas, sino que ondeaba la bandera a su paso.

El Indio tenía la mente en blanco.

El carro de combate había regresado a la formación, el desfile proseguía normalmente. Pasaban ahora por delante del propio Pozuelo, que no conseguía reaccionar. Alrededor de él, la gente gritaba, rugía, agitaba banderas…

Por fin, El Indio comprendió, y su rostro quedó sin sangre. Todo

su cuerpo le pareció de pronto un pedazo de hielo. Reaccionando, se volvió y se abrió paso hasta abandonar la masa de curiosos. El desfile proseguía.

El Indio se alejó de la Avenida de la Libertad, casi corriendo por las calles solitarias, pues solamente en la avenida había gente, presenciando el desfile, el primer desfile de sus primeras fuerzas armadas.

Utilizando el coche que había dejado a corta distancia de allí, El Indio se trasladó rápidamente al viejo taller de bicicletas, y bajó al sótano donde estaba la radio. Iba tan ofuscado que ni siquiera oía a las ratas.

Ratas por todas partes.

Encendió la pequeña lámpara, se sentó ante la emisora, y, ciego a todo cuanto le rodeaba, comenzó a manipular en ella. Tenía que ponerse en contacto con Plumm, tenía que saber qué había ocurrido. Ah, posiblemente era el propio Plumm quien le había traicionado, quizás el tal Plumm formaba parte de una trampa, de un complot contra él…

—Adelante —oyó la voz.

—Quiero hablar con Plumm —exigió—… ¡Soy El Indio!

—Yo soy Plumm. Espero que reconozca mi voz.

—Sí… ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no se han llevado a efecto mis planes tal como los proyecté? Ayer quedamos de acuerdo usted y yo, y me pareció que todo estaba claro, ¿no es así?

—Desde luego —la voz de Plumm era nítida y tranquila, y no tenía ahora el menor acento alemán, su español era perfecto—… Pero nos hemos permitido alterar ligeramente sus planes: las fuerzas armadas van a desplazarse ahora hasta el campamento donde los mercenarios están instalados sin medios de transporte, y todos serán juzgados inmediatamente y fusilados en el acto, allí mismo. Por lo demás, Perucuador camina hacia su futuro sin usted, señor Pozuelo.

—¡Le haré arrepentirse de esto —aulló El Indio—, le haré llorar lágrimas de sangre…!

—¿Usted solo? ¿O con la ayuda de Los Indios Libertadores, sus amigos y jefes que están detrás de todo esto?

—¡Yo no tengo amigos! ¡Ni tengo jefes! ¡Yo soy Los Indios Libertadores! ¡Yo lo soy todo, ¿me oye?! ¡Todo!

—Usted no es más que un pobre diablo enloquecido por la

envidia y la vanidad. Ella tenía razón cuando me dijo que todo era cosa de usted, y que no era más que un pobre diablo que se sentía postergado y loco de rabia. Ella y yo hemos tropezado con grandes locos y peligrosos ambiciosos, pero hasta en eso la humanidad va degenerando: ya ni siquiera comete canalladas por bienes materiales o ambiciones más o menos lógicas, por punibles que sean. Ya, simplemente, la podredumbre no tiene límites. Es usted el canalla más insignificante con el que nos hemos tropezado, pero sin la menor duda forma parte de la ralea más peligrosa. Ella lo analizó bien después de sospechar de usted.

—¿Quién es ella? ¿Y qué es lo que sospechó?

—Sospechó de usted cuando usted habló «de los primeros cinco millones», lo cual le hizo comprender que la intención de Los Indios Libertadores era seguir pidiendo dinero. Luego, esto se confirmó. Y finalmente, ella dejó en libertad de movimientos a usted y a Luciano Sánchez para ver si los dos estaban de acuerdo o solamente era usted el que estaba metido en esto, o simplemente, ella se había equivocado. Usted acudió al taller de bicicletas, donde está ahora, y con eso todo quedó aclarado. Lo último que nos quedaba por saber era si realmente estaba al servicio de Los Indios Libertadores, o de alguien, o bien todo era cosa suya. Ya sabemos ahora que todo es cosa suya. Adiós, Indio.

—¡Espere! ¿Quién es ella? ¿Se refiere a Persona?

—Desde luego.

—¿Está con usted?

—No. Está en el palco presidencial. Cuando el desfile termine nos reuniremos, celebraremos su asesinato y enseguida le olvidaremos a usted, olvidaremos lo ocurrido, y pasaremos unos cuantos días en este pequeño, hermoso y nuevo país, visitando sus cumbres nevadas, observando las llamas y envidiando el vuelo del cóndor. La conversación ha terminado.

La comunicación se cortó.

El Indio llamó a gritos a Klaus Plumm, amenazó, exigió…, y finalmente quedó silencioso, jadeante, con la expresión desorbitada por la rabia, por el odio, por el rencor, por tantas cosas que pudrían su mente.

De pronto, se dio cuenta de que estaba oyendo a las ratas.

Se volvió, y vio a su derecha el gran montón de ratas. Cogió la

lámpara de gas y se acercó, ofuscado todavía… Las ratas estaban encima de algo, pero se alejaron al acercarse él, dejando al descubierto aquel cuerpo humano casi completamente devorado. Todavía tardó El Indio casi medio minuto en reconocer las facciones parcialmente comidas del cadáver: Hans Wonberg. Se estremeció de pies a cabeza, y se volvió, dispuesto a salir de allí a toda prisa…

Entonces, vio a Luciano Sánchez.

Estaba frente a él, mirándole con una fijeza aterradora. Sus facciones parecían de cera, y sus ojos de fuego. Por un instante, El Indio pensó que Luciano era una aparición, una visión, una alucinación. Pero de pronto, Luciano se movió, mostrando el gran machete que empuñaba su mano derecha.

Entonces comprendió lo que había querido decir Klaus Plumm cuando habló de «celebrar su asesinato».

—No —jadeó El Indio—… No, espera, no, yo te explicaré…

El indio andino, el verdadero indio, se acercó a El Indio, y, sin decir una sola palabra, lo degolló de un solo y tremendo tajo que casi lo decapitó. La lámpara de gas cayó al suelo, pero, sorprendentemente, no se rompió, no ocurrió nada.

Iluminó la espalda de Luciano cuando éste abandonó el lugar.

Iluminó a las ratas cuando éstas reaparecieron dispuestas a darse otro banquete.

Este es el final

En efecto, por fin divisaron un cóndor.

Solamente uno.

Volaba majestuosamente, produciendo la impresión de que se hallaba más cerca del cielo que de la Tierra.

Estuvieron observándolo en silencio mientras describía algunos círculos, como si supiera que dos seres humanos de alta calidad le estaban observando y quisiera complacerlos. Luego, volando como si flotase, se fue perdiendo en la distancia, hacia las altas cumbres andinas.

El sol lucía de un modo espléndido.

Tendidos sobre la manta extendida junto a la tienda de campaña, la señorita Montfort y el caballero cuyo pasaporte rezaba a nombre de Carlos Tomás, estuvieron inmóviles todavía más de un minuto. Por fin, ella se volvió hacia él.

—Bueno —suspiró—, ya hemos visto un cóndor, así que podemos marcharnos de aquí.

Número Uno miró los azules ojos de Brigitte. Luego, el cielo igualmente azul. Miró las montañas, el Land Rover con el que habían llegado hasta aquel remoto lugar donde habían instalado el solitario y sencillo campamento, la excelente tienda militar que Andrade se había empeñado en proporcionarles… De nuevo miró el cielo y las montañas…, y de nuevo los ojos de la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

—Yo no tengo prisa —dijo por fin.

—Creí que estabas deseando volver a Villa Tartaruga.

—A mí me da igual donde esté si estoy contigo. Lo que ocurre es que me da la impresión de que en Villa Tartaruga te tengo a salvo de los peligros del mundo. Pero no tengo inconveniente en continuar nuestra luna de miel en este lugar.

Brigitte se abrazó a su cuello, y susurró:

—Entonces, quedémonos aquí… hasta que pase el siguiente cóndor.

FIN

Notas

[1] VIP: *Very Important Person.* <<